

GRETA
GARBO

ROBERT
TAYLOR

EDICIONES
BIBLIOTECA
FILMS





625



MARGARITA
GAUTIER

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER
DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:
Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Teléf. 70867 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Bastard, 16, Barcelona - Calle, 3, Madrid

EDITORIAL
AFS

Publicación semanal

Año XVI

Núm. 266

Margarita Gautier

==== (LA DAMA DE LAS CAMELIAS) =====

Toda esa dulce emoción que se desprenden de las bellas páginas de la novela «La dama de las Camelias» ha sido llevada a la pantalla de una forma magistral, adquiriendo aun más fuerza emotiva al encarnar la protagonista de la película una artista tan sensible como Greta Garbo, que al personificar a «Margarita», nos hace sentir todo el influjo místico y doloroso de la que supo amar una sola vez, entre tantos amores, y sacrificarse por su única pasión.

LA MAS GRANDE CREACIÓN DE LOS ÍDOLOS
GRETA GARBO Y ROBERT TAYLOR

PRODUCCIÓN:



Calle de Mallorca, 20

BARCELONA

DIRECTOR **CESAR ALBA**

PRINCIPALES INTERPRETES

Margarita Gaultier. . . . GRETH GARBO
Armando Duval ROBERT TAYLOR
Señor Duval. LIONEL BARRYMORE

Novelada por
MANUEL NIETO GALAN

MARGARITA GAUTIER

ARGUMENTO NOVELADO
DE LA PELÍCULA

DE MARIA DUPLESIIS A MARGARITA GAUTIER

MEDIADOS del pasado siglo... Alardecer de un día de invierno en una calleja del barrio latino de París. Ante una elegante tienda de flores, paró un coche, a cuya ventanilla asomó el rostro de una bellísima dama, como de unos veinticinco años de edad. Iba tocada con un lindo gorrito adornado profusamente de flores y su rostro tenía la blancura de las azuleñas; su boca era grande, bien formada, retocada sin exceso por el lápiz de carmin; sonreía con graciosa delicadeza y de sus ojos morenos, rasgados, brotaba una chispa maliciosa e incitante. Era un rostro noble y

pícaro a la vez. Nostálgico, soñador en los momentos de seriedad, e incitante hasta la locura cuando el grave continente dejaba paso a la sonrisa. De estatura bastante más elevada que la mayoría de las de su sexo, su talle era francamente esbelto, muy bien proporcionada toda ella y con ser muchas las encantos de su rostro, estos resaltaban doblemente por ser adecuada coronación de una obra tan acabada como era el tipo de la mujer que nos ocupa.

En cuanto el coche paró ante la tienda, abrióse la puerta de la misma y salió por ella una dependienta llevando un gran ramo de camelias blancas. Por las tra-

zas, era ya una costumbre, pues ni la dama asomada a la ventanilla había pedido nada, ni la dependienta le ofreció cosa alguna tampoco, sino que le dió el ramo, como quien realiza una acción habitual.

—Para la Dama de las Camelias—exclamó al entregárselo.

La aludida depositó las flores en el halda de su acompañante —una señora de cincuenta años muy cumplidos—echó mano al bolso y a tiempo que paga indicó a la dependienta:

—Mañana le compraré el doble.

Ante esta afirmación, Prudencia —tal era el nombre de la acompañante— escandalizada, se llevó las manos a la cabeza diciendo:

—No le haga caso. Yo sé lo que cuestan.

—¿Pone usted tantos reparos cuando le encarga sus vestidos? —le replicó con ironía la dependienta.

—Eso es una buena inversión de dinero—interjetó vivamente Prudencia, al par que hacía una mueca de disgusto.

—Ya lo sé que compro demasiadas flores, y otras cosas... Pero me encantan—murmuró la dama, mirando con entusiasmo el ramo que acababan de entregarle.

Cuando el coche hubo emprendido de nuevo la marcha, Prudencia dió suelta a su enojo:

—Tu despilfarro no tiene límite—rezongó—. No serás siempre joven, ni los hombres acudirán en redor tuyo toda la vida como las moscas a la miel. Ya es hora de que prescindas de ciertas bagatelas y pieuses en ir guardando para la vejez...

La dama, con el rostro hundido entre sus flores predilectas, dejaba que su compañera hablara cuanto le viniese en gana. La alhura de los pétalos se confundía con la blancura de su tez. Le gustaba sentirse acariciada por aquellas corolas sedosas, blandas, que se posaban en su rostro como labios abiertos.

La heroína de la presente historia, era una de las grisetitas más famosas de París. Se hacía llamar Margarita Gantier, aunque en realidad se llamaba María Duplessis. Llegó a París, procedente de un oscuro rincón de Francia, de una aldea miserable y se colocó como aprendiz en un taller de alta costura.

Su historia era la de tantas y tantísimas chicas provincianas que van a la gran ciudad, atraídas por la luz, como las mariposas, y se queman en ella sus alas. La vida era dura para una apren-

diza que no ganaba más de cuatro cuartos. No tardó en darse cuenta de que con aquella indumentaria pueblerina hacia el ridículo. Vivir entre el lujo, e ir vestida poco menos que con andrajos, no deja de resultar una nota discordante. Otras, no tan inteligentes como ella y mucho menos hermosas, lucían brillantes trajes, eran agasajadas por todos y triunfaban en la vida.

Sola, sin una persona que le hiciera distinguir entre el bien y el mal, se abandonó por la senda fácil del vivir agradable y al cabo de pocos meses la inexperta y ridícula muchacha de provincias había trocado su caja de «midinettes» por el coche de la cortesana. Y para borrar toda huella de su pobre pasado, murió la gris María Duplessis para que naciera en su lugar una brillante Margarita Gautier, nombre de guerra, que no había de tardar en hacerse célebre entre la dorada bohemia del barrio latino, cuyos fueron los primeros compañeros al deslizarse por la senda de su atolondrada e inconsciente existencia nueva.

Dispuesta a no ser una de tantas, sino a triunfar entre aquella pléyade de artistas y hombres de vasta cultura, Margarita, inculta e iletrada, se rodeó de buenos

maestros. Como poseía una inteligencia despejadísima y un talento nada común, le bastó poco tiempo para que la luz de su ingenio brillara tanto como la de su hermosura.

A cada sucesivo amorio iba cambiando el tren de vida de Margarita y así, del modestísimo cuartucho bohardillero de sus principios, fué pasando al pisito coquetón, donde ya no se reunían estudiantes sino artistas y comerciantes para llegar en fin a la mansión regia cuyos salones eran el cenáculo preferido por los prestigios literarios o artísticos más en boga y por los magnates de la alta banca.

Tal había sido la metamorfosis de esa María Duplessis, Margarita Gautier y más tarde, al llegar a cortesana de alto rango, Dama de las Camelias. Gran dama en realidad por su talento, sus excentricidades y su belleza.

Hemos dicho antes que la chiquilla no había encontrado en sus momentos críticos a una persona que pudiera indicarle la diferencia entre el camino recto de la honradez, erizado de dificultades y el de la perdición — tan luminoso en sus principios como trágico en su final — y hemos dicho mal. Porque Margarita sí tuvo una mentora, pero fué preci-

samente para incitarla a resbalar por la pendiente fácil. Esta mentora era Prudencia (la dueña del taller donde entrara de aprendiz), bastante más hábil en las artes de la terciaría que en el manejo de la aguja. El mayor negocio de Prudencia siempre había consistido en convertir a sus dependientas en clientas agradecidas. Una forma de que le pagaran sus vestidos sin regatear, de cobrar a muy buenos precios sus sabios consejos y de obtener pingües beneficios en la correduría del celestinaje que constituía su especialidad.

Precisamente, cuando las encontramos en el coche, estaba Prudencia preparando el terreno para que Margarita, que ya era la cortesana más célebre de París, se convirtiese a su vez en la más rica. Y así, después de echarle en cara sus despilfarros, en la forma que ya hemos visto, prosiguió:

—Conozco al hombre que te conviene... ¿No te interesa saber quién es?

Margarita se encogió de hom-

bros. Para ella los hombres habían llegado a ser una colección de idiotas, muy parecidos unos a otros y tanto le importaba que se llamara Juan como Pedro. Compradores de ilusiones, llenos de vanidad. A veces sabían pagar esta vanidad a precios exorbitantes y otras, con ridícula tacañería.

—Pues sí—continuó Prudencia—es el barón de Varville, uno de los caballeros más ricos de París. Es joven y arrogante. Y por las chicas de mi taller sé que irá esta noche a la ópera.

La voz sibilina de Prudencia continuó extendiéndose en elogios sobre el caballero que bebía los vientos por Margarita. Trazó, como ella sola sabía hacerlo, una apología de su liberalidad y de su simpatía. En fin, y esto era lo que se proponía, interesó a la Dama de las Camelias en el conocimiento de aquel mirlo blanco y aquella noche, protegida y protectora fueron al teatro en busca del fabulosamente rico barón.

NO ES LO MISMO UN VARON QUE UN BARON

El teatro presentaba el aspecto brillante que puede ofrecer el mejor coliseo de París. Todos los intelectuales de categoría, magnates y aristócratas, así como las «demi-mondaines» de rango, estaban aquella noche reunidos al conjuro de una diva y un tenor famosos.

Prudencia, al llegar al pasillo donde estaba su palco, preguntó a un ujier si conocía al barón de Varville, y como respondiera afirmativamente, le dijo:

—Si le entrega usted esta nota le daré una buena propina.

Volvió a reunirse de nuevo con Margarita, que la esperaba unos pasos más adelante y murmuró a su oído:

—Ya casi eres baronesa. Todo está arreglado. Sólo te pido una cosa: que no te olvides luego de que el arreglo es cosa mía. Tenemos el palco A. El barón no se perderá.

Pero con gran sorpresa, al ir a penetrar en el palco, Corinne, la acomodadora, les dijo que ya estaba ocupado el de la letra A. La tarjeta que llevaba Prudencia y que no tuvo precaución de mirar cuando le entregaron en taquilla las localidades, decía palco B. No dejaba de ser una contrariedad. Ella había pedido el A porque era el que habitualmente solía tomar. El que de costumbre le entregaban también en Contaduría, por ser el de su preferencia. ¿Cómo había podido tener tal distracción? La nota ya estaba en camino y la plancha iba a ser mayúscula. Pero Prudencia no era de las que se ahogan en un vaso de agua. Fuerza era que buscara un medio de arreglar las cosas, puesto que ya no podía detener al ujier.

—¿Quién ocupa el palco A?—preguntó a Corinne.

—Una amiga de ustedes—acla-

ró la mujer, recalcando la palabra amiga.

Y es que Corinne, habituada a vivir desde hacia muchos años en aquel mundillo, conocía muy bien a todos los personajes y personajesillos, e incluso sus intrigas, rivalidades y hasta los agobios o esplendores económicos, perfectamente traducidos a través de las propinas con que solían recompensarle la prestación de los gemelos o sus buenos servicios por cualquier otra causa.

Al penetrar dentro del palco vieron que, en efecto, la ocupante era una antigua discípula de Prudencia, cliente también de su taller, una de las cortesanas más astutas, interesadas y chismosas del París galante de aquellos tiempos. Esta ladina hija de Eva había adoptado el nombre pomposo de Olimpia.

—¡Lo has arreglado todo para Olimpia! — murmuró la muchacha, sin poder contener su ataque de risa.

—¡Esa gata! — cuchicheó la costurera—. No me estropeará mis planes. Haré que cambie su palco por el nuestro.

Y luego, volviéndose zalamera hacia Olimpia, le dijo besuqueándola con fingida simpatía:

—¡Olimpia! Ángel mío. ¡Qué guapa estás esta noche!

—Y tú, ¿cómo estás, vieja timadora—le replicó la aludida, poniéndose instintivamente en guardia ante aquellas demostraciones, que nada bueno le auguraban.

Ante aquella actitud, la solapada celestina, que permanecía todavía en pie y con la puerta del palco sin cerrar, decidió prescindir de todo disimulo y abordar resueltamente el plan que se había trazado.

—¿Qué objeto tiene estar aquí en la corriente? — comenzó—. Quisiéramos cambiar de palco contigo, Olimpia.

—¿No es el vuestro igual a éste?—repuso recelosa.

—Prudencia está llena de secretos — intervino Margarita—. Hasta cambiar de corsé es para ella un misterio.

—Haz lo que te pido y te regalaré la toca de piel—continuó la vieja con el más convincente de sus acentos.

Olimpia accedió, con la condición de trasladarse durante el entreacto. Prudencia opinó que, en parte, no estaba mal la concesión y aceptado el convenio se sentaron. Al mismo tiempo que ellas tomaban asiento el ujier entregaba al barón la nota de Prudencia. Abrió éste el sobre y sacó una cartulina exquisitamente per-

fumada donde podía leerse, en letra no muy bella por cierto: «Útilice el palco A.» Como el ujier inquirese si había respuesta, se limitó a contestarle:

—Luego lo decidire—y continuó arrellenado en su butaca.

Olimpia y Margarita, en la delantera de su palco, escrutaban el salón en busca de caras conocidas o de trajes dignos de ser admirados. Hacia el centro de la platea y mirando en dirección a las jóvenes, había un apuesto mozo, como de unos veinticinco años de edad. Su cabello era negro, naturalmente ondulado. Ojos negros también, grandes y muy expresivos, en los que lucía el brillo de la juventud; nariz recta, muy bien proporcionada; una boca de dibujo correctísimo, con dientes magníficos tras los labios carnosos y un óvalo perfecto. Alto, musculado, era una especie de Apolo de su época. Vestía con irreprochable elegancia y en su sonrisa había tanta simpatía como apostura en su noble continente. Fué Olimpia quien hizo notar a su compañera la presencia de tan apuesto joven.

—¿Sabes quién es?—le dijo.

—En absoluto.

—Es el fabulosamente rico barón de Varville.

Margarita, ante aquella afirma-

ción, no pudo evitar un estremecimiento de alegría.

—No sabía que hubiera hombres ricos tan agradables—murmuró la joven, sin poder contener su emoción.

—Te puedes guardar tu toca. El barón de Varville viene a este palco y me quedo para conocerle.

—Viene a verme a mí—protestó Margarita.

—Yo misma le invité—corroboró la modista.

—Ya que tanto has hecho por mí—añadió Olimpia con sarcasmo—déjame que lo reciba sola.

Era aquello una despedida con todas las de la ley. No obstante, Margarita, que de haber sido otra persona, no hubiera hecho presión alguna, por mucha que fuese su fortuna, no se dió a partido e insistió:

—Desgraciadamente, también me gusta a mí ese hombre. Sus ojos me han estado haciendo el amor toda la noche.

—Pero si apenas te miró. No he apartado mis gemelos de su cara en toda la noche.

—Me ha estado sonriendo continuamente.

—¡Ni te ha sonreído ni te encontrará aquí!—gruñó Olimpia, dispuesta a dar el escándalo, si ello hubiera sido preciso para ahuyentar a sus amigas.

Así lo comprendió Margarita, que conocía de sobra su carácter, y en vista de ello, repuso despechada, mientras maduraba un plan:

—Si no me encuentra aquí, me encontrará en otra parte.

La costurera, viendo que el negocio tan diestramente planeado se le iba de las manos, se encaró con Olimpia, en tono entre-suplicante y agresivo:

—Apelo a tu honor... si sabes lo que es eso.

La respuesta de la cortesana fué extender el brazo señalándole la puerta.

—Eres muy necia — la espetó Margarita.

—La necia eres tú—replicó la otra—. Si no, no te fiarías de esa vieja lulire. Y si sigues malgastando de la manera que malgastas, acabarás como empezaste: ordeñando vacas y limpiando gallineros en una granja.

—Las vacas y las gallinas — murmuró Margarita a tiempo que salía del palco—son mejores amigos que las que he encontrado en París.

Prudencia, una vez fuera, no perdió tiempo y se dirigió al ujier que llevara la nota. Le dió la espléndida propina prometida — inferior desde luego a lo que el criado esperaba— y le encargó

avisara al barón de que la señora de la nota lo esperaba en el palco B en vez de estar en el A, como dijera anteriormente.

—Dígame que, de momento, estoy ocupado—contestó al recibir el recado el barón, que a la sazón se hallaba departiendo con algunos amigos.

Margarita, por su parte, también juzgó que era conveniente poner en práctica la treca que ya en el palco había pensado jugarle a Olimpia y al efecto se fué hacia la escalera principal, por donde a la fuerza tenía que subir el barón. De lejos apercibió su elegante silueta y se situó por donde él debía pasar. Al ver como se acercaba, comenzó ella a caminar con pasos menudos. Ya había notado Margarita que el joven iba en pos. Así, pues, cuando lo tuvo a su altura se volvió y con la más tentadora de sus sonrisas preguntó:

—¿Me sigue usted?

El joven se sonrió visiblemente cortado y medio tartamudeó:

—Sí... usted... desde el palco... creí que me sonreía...

Margarita, se paró entonces y con voz más grave, pero sin dejar de sonreírle inquirió:

—Dígame primero... ¿Me sonrió a mí, o a mi amiga, a quien no vió siquiera?

—Fue a usted y le pregunté con la mirada si me dejaría ir a su palco—afirmó el mozo, más seguro ya de sí mismo.

—¿Por qué no he de permitirselo? ¡Parecemos destinados a encontrarnos esta noche!

Nuestro desconocido, con esa confianza que le diera la afectuosa acogida de Margarita, dió rienda suelta a toda la emoción que llevaba contenida dentro de sí.

—¡Debe ser el destino — dijo con vehemencia, oprimiendo una de sus manos—. ¡Cómo he esperado este instante! La vi por primera vez hace año y medio, en la Plaza de la Bolsa. Llevaba un vestido blanco con muchos volantes, una gran pamea, un chal bordado, una sola pulsera por toda joya y, claro, el ramillete de camellias prendidas al talle. Luego la vi en la Opera Comica. Gastón, un amigo mío, me dijo: «Margarita ha estado enferma». Y eso me apenó...

—Sí es cierto lo que me dice, ¿por qué no me ha hablado nunca?—le atajó sin poder refrenar su extrañeza.

—No la conocía.

—¿Me conoce esta noche?

—Después de sonreirme, creí que podría hacerlo... Ahora, sé que la he querido desde aquel día.

Hablando en aquel lenguaje, que para Margarita resultaba completamente desconocido, por la timidez y devoción que el galán ponía en sus palabras, llegaron al palco, donde encontraron a Gastón, amigo común de ambos y de Prudencia. Esta estaba en aquel momento explicando a su compañero uno de los muchos lances interesantes de su azarosa vida.

—Después de lo ocurrido, tuve que tomar un coñac — decía la costurera.

—Y luego dos más — añadió Gastón, riéndose todavía de lo que le explicara la modista, que al parecer debía ser bastante gracioso.

Hizo la vieja un movimiento afirmativo y Margarita tomó la palabra, diciéndole con intención:

—Pues vete a tomar otro, Prudencia.

Ante el gesto de extrañeza de la modista, que no comprendió la alusión, Gastón intervino para aclarar las cosas:

—Margarita quiere estar a solas con mi amigo.

—Por primera vez, tiene razón Gastón—exclamó Margarita mirándolo con reconocimiento.

Luego, como le pareciera incorrecto no hacer la presentación de

los allí reunidos a su joven acompañante, que ella ignoraba fuese amigo de Gastón, se decidió a realizarlo.

—El barón de Varville y mi vecina, Prudencia Duvernoy—dijo Margarita presentando el joven a su modista.

Esta, al oír lo que decía Margarita, exultó en tono despectivo:

—¿Este es el barón de Varville?

El muchacho, al ver que lo habían confundido con el ricachón y le habían prodigado atenciones que acaso no hubieran tenido con su persona, trató de justificarse.

—Yo no he dicho nunca que fuese el barón de Varville.

Entonces le tocó a Margarita el turno de mostrarse a su vez sorprendida.

—Tu barón de Varville está en el palco de enfrente, con Olimpia—gruñó de mal talante la costurera.

—Pues tiene muchísima gracia—comentó Margarita, riendo de buena gana.

—De acuerdo, tiene mucha gracia. Perdóne mi poca importancia—convino el joven, bastante corrido y haciendo ademán de marcharse.

Margarita lo retuvo por un brazo exclamando:

—No sea tan quisquilloso, hombre. ¿Cuál es su nombre?

—Armando Duval.

—¡Armando!... ¡Bonito nombre! Puede tener la seguridad de que no lamento la equivocación.

—De todos modos, convendrá conmigo en que mi posición es algo desairada, porque no sé si de haber sabido quién era me hubiera concedido usted beligerancia.

—Para que vea que no está en lo cierto, le voy a dar una oportunidad. Vaya a comprarme un emarrón glacé; interin hablo con una persona, y vuelva. Se lo ruego...

—¿No teme que vuelva demasiado pronto con los dulces?—musitó el joven a tiempo que se marchaba.

—Por mucho que corra siempre me parecerá que tarda demasiado—fué la anable contestación de Margarita.

Salió el joven en busca de los dulces y Margarita se quedó en su palco, desde donde pudo ver perfectamente cómo el barón y Olimpia sostenían animado coloquio. Sobre todo por parte de Olimpia, que parecía estar en constante uso de la palabra, limitándose más bien el barón al papel de oyente.

Ello es que el aristócrata se interesó vivamente por la heroína de nuestra historia y preguntó a

Olimpia quién era la que se hallaba en el palco B.

—No sé... Apenas tengo amistad con ella. No es fácil congeniar con una mujer así.

—Sin embargo, hace poco me pareció que estaban las dos en este mismo palco y que reinaba entre ustedes dos la mejor armonía. ¿Cómo se llama?

—Además—prosiguió—es muy poco sincera... Yo adoro la sinceridad... ¿y usted?

—Considero que es una de las cualidades más bellas y que más raramente suelen adornar a la mujer—le recalcó irónico.

—Pues esa es de las que dicen una cosa y piensan otra.

—¿Quién?

—Esa Margarita, de la que hablabamos.

Al notar que se le había escapado involuntariamente el nombre, Olimpia hizo una mueca de disgusto y se cubrió la cara con el abanico para que no la viera el barón. Estaba nerviosa, desazonada, y por más que quisiera ocultarlo no podía. La insistencia con que su interlocutor miraba al palco la tenía fuera de fino.

—¿Y su apellido?—insistió él.

—Gautier... Falso, claro está, como todas las cosas de ella. Tenía uno muy vulgar y se lo cambió. Esta noche doy una velada

en mi casa. ¿Le gustaría venir?

—Detesto las veladas. No obstante, le quedo profundamente reconocido por este delicioso entreacto. Es usted una de las jóvenes más sinceras y agradables que he conocido — dijo con ironía.

La besó la mano y se fué.

—¿Volveré a verle?—murmuró Olimpia, cuando ya estaba abriendo la puerta del palco.

—Es posible. En París nos hallamos todos con mucha frecuencia y yo tendré un gran placer en hablar de nuevo con usted cuando la suerte nos reúna de nuevo.

Armando estaba bien lejos de sospechar lo que ocurría en el palco interior él se aguardaba en la bombonera del teatró. Ocurrió que allí no tenían los dulces pedidos y la jovencita que lo atendiera salió a buscarlos fuera. Al cabo de unos veinte minutos, que al joven le parecieron veinte horas, compareció jadeante, explicando el motivo de su demora. Empero, dió por bien perdido el tiempo si al fin podía satisfacer un capricho de la elegida de su corazón. Probó uno a instancias de la muchacha, para comprobar que eran riquísimos como recién hechos y con su precioso paquete se encaminó hacia el palco, donde se halló con la desagradable

sorpresas de que ya no había nadie. Únicamente encontró un finísimo pañuelo de encaje, sobre la misma silla que ocupara su amada. Desde luego, comprendió que lo había dejado adrede, para que se lo llevara como recuerdo. Aspiró su delicioso perfume y se lo guardó, muy junto al corazón.

Su primer impulso fué tirar los dulces. Tuvo una desilusión tremenda. Sin embargo, comprendiendo que con ello no iba a sacar nada en limpio, optó por comérselos él solo. Era mucho más sensato.

Por Gastón y por otros amigos suyos, que estaban en contacto más o menos próximo con la famosa cortesana, supo Armando cuál había sido el resultado de la escapatoria de Margarita del brazo con el Barón desde el palco B.

Desde el día en que Margarita y el Barón se conocieron, hasta el momento en que volvemos a encontrar a la heroína de nuestra narración habían transcurrido seis meses no precisamente de idilio, sino de convivencia. Decimos esto último porque ambos sabían perfectamente a qué atenerse sobre su situación sentimental. Varville tenía a Margarita por la sencilla razón de que era la cortesana más famosa de todo París, en su época, y como

podía darse el lujo de exhibirla, se vanagloriaba de llevarla consigo, haciendo ostentación de su riqueza.

El día que volvemos a encontrar a Margarita sostenía ésta una interesante conversación con el Barón. Debía éste partir hacia Rusia, para desempeñar una importante comisión del Estado, y la instaba para que fuese en su compañía.

—No — protestaba Margarita, sonriente —, los médicos no quieren que vaya a un país tan frío. Ya les he consultado el caso y se oponen a ello. Caería otra vez enferma y te aburrirías... ¿Qué te podría dar como recuerdo?

—Una lágrima. ¿No te pone muy triste mi partida? ¿Deseas algo antes de que me vaya?

El coloquio que nos ocupa tenía lugar en un saloncito íntimo de la mansión de la cortesana. Hallábase ésta recostada sobre un sofá y Varville, sentado sobre el mismo mueble, tenía un brazo pasado por bajo de su talle en tanto que con la otra mano libre se complacía en destrenzarle los rizos de su larga cabellera.

—Mi último deseo, antes de que te marches — dijo la joven en contestación a la última pregunta de su amigo — es un par de caballos. Se subastan esta tarde.

Era de mi amiga Eugenia Clivet, que murió hace una semana.

—Ya tienes un par—protestó él puesto en guardia, y dispuesto al regateo.

—Olimpia los quiere y yo no puedo consentir que se los lleve.

Ante aquella razón Varville se dió por convencido. Sabía ya la rivalidad existente entre ambas y francamente... Sin embargo insistió:

—No creo que envidies tanto a Olimpia. Que te envidiara ella a ti, ¡bueno!, pero ¿tú a ella? No lo comprendo.

—Voy a serte sincera. Lo que quiero es el cochero... Pero como él añora a sus caballos, es la única manera de tenerlo.

—¡Ah, vamos! ¡Ya te comprendo! Debe ser joven y guapo...

—¡De ninguna manera!—protestó asombrada—. Es muy viejo, necesita que lo cuiden, y Olimpia no lo haría.

—¡Lástima que tengas tanto corazón y tan poco juicio!—comentó el Barón, convencido de que su amiga le decía casi toda la verdad.

De Varville, convencido de que al final, como siempre, había de hacer lo que ella quisiera, extrajo un gran fajo de billetes grandes de su cartera, se los entregó

sin contarlos y tras despedirse cariñosamente, se marchó.

Tal como había anunciado Margarita, aquella tarde, en la mansión de su difunta amiga se procedió a la subasta de los objetos de su pertenencia. Eugenia había sido una de las «demi-mondaines» más famosas y al anuncio de la subasta se congregaron en su casa la flor y nata de las griseas de rango.

El «clou» de la subasta, sin embargo, consistió en la adjudicación de los caballos, un tronco realmente magnífico. Pero más que por los caballos en sí fué por la pugna que entre Olimpia y Margarita se estableció. Iba la primera en compañía de una conocida nuestra: la taimada Prudencia, que al parecer, por aquel entonces, hallábase en inmejorables relaciones con la rival de Margarita. Esta última iba con su fiel Nanine, su criada, mujer ya de avanzada edad, fiel como un perro, que habría dado la vida por su ama si hubiera sido necesario. La puja empezó por dos mil francos. Olimpia subía las mandas de cien en cien, mientras que Nanine, por orden de su ama, las subía de quinientos en quinientos. A cada nueva manda de la Dama de las Camelias, Olimpia y Prudencia hacían un

respingo de indignación. Comprendieron que Margarita estaba dispuesta a no dejárselos quitar, costara lo que costase, y como la largueza no era una virtud muy arraigada en Olimpia, al llegar su competidora a los seis mil francos, cifra realmente fabulosa en aquellos tiempos, abandonaron la pugna.

—Sólo deseo que no se desboquen y te maten—fué el acerbado comentario que Olimpia dirigió a Margarita cuando el subastador declaró la adjudicación de manera definitiva.

Y como Olimpia tenía por costumbre decir lo contrario de lo que pensaba, fácil es colegir lo que con aquellas frases deseó a su amiga.

Esto, sin hacer caso al cumplido, satisfecha de haber triunfado, no se molestó en darle las gracias, y para humillar aun más a su rival ordenó a Nanine:

—Di al cochero que lo tomaremos a nuestro servicio con sus caballos.

—¡Qué gran corazón!—comentó Gastón, quien, como inseparable de Prudencia, se hallaba presente al acto, y era, todo hay que decirlo, un incondicional admirador de la bondad de Margarita.

—¡Que nunca se ablande tanto

el mío!—repuso Olimpia indignada.

—¡No hay cuidado!—subrayó el mozo con ironía.

Margarita rió de muy buen grado el chiste y dirigiéndose al joven le preguntó:

—¿Las has invitado a mi fiesta de mañana? El Barón estará ausente, y yo estaré sola.

—¿Habéis reñido?—inquirió Olimpia con rapidez, llena de curiosidad.

—Todavía no, pero no desespere, Olimpia—repuso con sorna Margarita, dándole a entender que había descifrado toda la segunda intención encerrada en su pregunta.

Y dicho esto se separó del grupo, para volver hacia su casa. Al pasar por una de las estancias se encontró con Nichette, una antigua compañera de taller, de unos diez y ocho o veinte años de edad, deliciosamente candorosa. Cuando ésta vió a Margarita, se abalanzó presurosa, dándole un apretado abrazo. En su sonrisa y en sus expresiones todas daba a entender que sentía por la cortesana un cariño realmente sincero.

—¿Qué feliz pareces, Nichette... ¿Será el amor?

—¡Eso es!... ¡Figúrate que habla de casarse conmigo!

—¿Y tú crees que te hace un favor casándose contigo?

—¡Claro que sí! Yo no tengo dote y él es un caballero instruido!... ¡Ay, Margarita, qué ideal es casarse con quien una quiere!

—No tengo fe en los ideales— murmuró ella al par que una nube de amargura pareció nimbear su rostro—. Siempre encontrarás algo mejor que un abogado sin pleitos.

—¿Un hombre mejor que Gustavo? ¡Imposible!

—Es posible que no siempre seas tan cándida.

—He tenido una gran alegría de verte con tan buen aspecto— murmuró la chica, despidiéndose, al ver que se acercaba hacia ella su amado.

—Lo tengo cuanto más me acerco a la muerte— concluyó Margarita dándole un beso de despedida.

Nichette y Gustavo eran una pareja que se había hecho un tanto célebre entre Margarita y sus amigos. En aquel reducido mundillo de gente ya de vuelta de todas las cosas, donde todo era cálculo y una cosa tan sublime como el amor se hacía objeto del más vil de los comercios, ellos representaban el ideal amoroso en su estado más puro. La casualidad los juntó un buen día. Se conocieron, se amaron de la manera más desinteresada y al co-

rrer del tiempo decidieron santificar aquella unión efectuada al azar y avivada en sus lazos al correr del tiempo. Su «caso» como le llamaban, era algo que, por desdicha suya, no acertaban a comprender ninguno de los que les rodeaban. Y si lo comprendían, aconsejados por su propia envidia, o por la perversión, no se lo explicaban.

Habría andado unos ocho o diez pasos después de haber dejado a su buena amiga cuando Margarita dióse de manos a boca con Armando Duval. El encuentro fué inevitable. Ambos quedaron, repentinamente, bastante impresionados. Habituada a las situaciones difíciles, fué la cortisana la primera en reponerse y exclamar, como si solamente hiciera unas horas que acabara de verse con el joven y nada anormal hubiera acontecido entre ambos:

—¿Y más «marrón glacié»?

—Me los comí hace seis meses—repuso él con disimulado encino, oculto tras fingida sonrisa—. Pero celebro la oportunidad de devolverle esto.

Al proferir las últimas palabras sacó de su bolsillo el primoroso pañuelo de encajes, que ya sabemos, e hizo ademán de devolverse-lo. Margarita, con un gesto, hi-

zo que se lo guardara y le preguntó con gran extrañeza:

—¿Cómo es posible que haya podido conservarlo durante tanto tiempo?

—Porque me recuerda constantemente que no soy el Barón de Varville. Es un magnífico antidoto contra el romanticismo.

—¿Por eso no ha venido a verme nunca? ¡Qué rencoroso, Dios mío!

Nanine, de regreso de cumplir las órdenes de su ama, al oír las últimas palabras de ésta, se dirigió al joven diciéndole:

—Ya ve que vuelve a estar bien.

—¿Y por qué había de interesarle mi salud?—inquirió ella extrañada.

—Durante su enfermedad —aclaró la criada—le traía flores todos los días.

—¿Era este joven el donante del misterioso ramo?

Nanine hizo una indicación afirmativa, y los ojos de Margarita brillaron entonces con una intensidad extraordinaria. No se debía tan sólo a su curiosidad satisfecha de mujer que ha logrado descifrar un enigma cuya resolución la había preocupado más de una vez.

Durante aquella enfermedad que la había tenido más de dos

meses en cama, cuando todos, incluso el propio Barón, dejaron de visitarla, día tras día, sin faltar ni uno sólo, había recibido la enferma un ramo. No le faltaron nunca aquellas camelias que eran sus flores predilectas. En las horas largas y silentes de abandono completo, cuando en su cámara no se percibía otro ruido que el de su fatigoso respirar, más de una vez halló lenitivo a su pena en la contemplación de aquel ramo enviado por un admirador anónimo. Aquellas flores parecían decirle, pese a la soledad en que se hallaba, que no estaba del todo sola en el mundo y que, en algún sitio, alguien, no sabía quién, pensaba en ella y deseaba que se pusiera buena muy pronto. ¡De cuánto consuelo le habían servido aquellas flores!

No se lo dijo en aquel momento; no le expresó todo lo que a flor de labio tenía a punto de decirle, pero sus ojos dijeron todo el agradecimiento que le hubiera sido muy difícil expresar con palabras. Armando, en cambio, había lanzado una mirada de reproche a Nanine, como si le doliera que ésta hubiese traicionado su dulce secreto.

—¿Cómo no se le ocurrió entrar a verme alguna vez?—murmuró al fin Margarita.

—No lo hacía, porque sabía que había otros...—repuso él con embarazo.

—Durante esas semanas en que creí morir, no había nadie—exclamó ella llena de amargura.

—Sí, pero, y...

El nombre que él no osara pronunciar lo mencionó ella rápidamente con un dejo de sarcasmo en su voz:

—¿El barón de Varville?...

Estaba por aquel entonces en Inglaterra. Y aunque hubiera estado en París, ¿crees que es agradable acercarse a una mujer que en vez de darnos alegría únicamente puede hacernos sufrir contemplando sus padecimientos? ¡Qué concepto tan especial tiene usted de la vida!

—¿Y ahora?

—Ahora estoy bien, y todo es alegría. El Barón, como es natural, ha vuelto a ser el Barón, puesto que yo soy otra vez la misma Margarita. En fin, olvidemos lo que ya pasó y vivamos de nuevo. Mañana es mi cumpleaños y doy una fiesta en mi casa. ¿Quiere venir? Queda invitado.

—¿No teme recaer?—insistió preocupado Armando.

—Temo más al aburrimiento

—afirmó Margarita, sonriendo.

Armando, que por lo visto había adquirido en la subasta un

tomo ricamente encuadernado, se lo mostró diciéndole:

—Le llevaré esto como regalo...

¿Lo ha leído? Es Manon Lescaut. Era una joven que vivió para amar y gozar... Es triste, porque al final muere.

—Todos morimos — aprobó ella—. Quizás vuelvan a subastarlo después de mi muerte.

—¿No acaba de decirme que odia las ideas tristes?

—Sí, pero a veces se me ocurren. No lo puedo evitar.

Se despidieron, llevándose cada uno, dentro de sí, una nueva ilusión. El, la de haberse reconciliado con la mujer soñada a quien pensaba que nunca más dirigiría la palabra. Ella, con la esperanza de que aquella fiesta de su cumpleaños sería más agradable que nunca, por la presencia de Armando, que casi se atrevía a dar como segura. Lo había leído en sus ojos.

Sin embargo, hasta que al siguiente día lo vio irrumpir en su salón, lleno ya de invitados, no estuvo del todo segura. Y entonces, sin que a ciencia cierta supiera por qué ni se parase a reflexionar sobre ello, ya que no era inclinada al análisis, sino todo lo contrario, le pareció que el ambiente se tornaba más acogedor y la vida más agradable, más

digna de ser vivida. Dejó a sus amigos para salir a recibirle y lo sentó a su lado, en la presidencia, como invitado predilecto, no lejos de su amigo Gastón.

La animación que reinaba en torno a aquella mesa era algo desusado para Armando. Este asistía realmente asombrado al coro de risas, expresiones nada académicas, chillidos y demás expansiones no muy propias de unos comensales tocados con arreglo a las exigencias de la más refinada etiqueta. Alguien dijo un chiste al oído de otra persona y sus risas estentóreas delataron que debía tratarse de una agudeza extraordinariamente chocante, en tanto que por los aspavientos denotaban cuán subido debía ser de color. La ocurrencia se fue prodigando de oreja en oreja, a través de damas y caballeros y las explosiones de hilaridad fueron igualmente crecidas en los representantes de ambos sexos. Al llegar la cadena hasta donde estaba Gastón, éste declaró, sin reír gran cosa:

—Ese chiste es tan viejo como Prudencia.

La aludida, que segundos antes reía con espasmos epilépticos, saltó como si le hubieran dado un pinchazo: —¡Járame vieja! ¡Tengo treinta y seis!

La protesta de la costurera fue acogida con una carcajada general tan estrepitosa que hasta pareció moverse la mesa.

Gastón se fijó en su amigo que parecía en extremo preocupado y le hizo observar que se hallaba más triste que un ciprés. También Margarita había advertido la gravedad del semblante de su huésped, en tanto que los otros reían a mandíbula batiente, y hasta creía saber la causa.

—¿Escandalizado? — exclamó sonriente.

—No. Yo cuento los chistes a Gastón, de modo que, no veo por qué haya de asombrarme al oír que los cuentan otros. Pero, preferiría que no los oyera usted, Margarita.

—¡Hombre!, no vaya a creerse que acabo de salir de un convento—le repuso con descoco, dispuesta a animarle y a que venciera su timidez para con ella.

Sin embargo, justo es confesar que no lo consiguió. Armando sabía que Margarita era una mujer de vida alegre, pero era también su amada, y aun cuando no fuese pura, sí lo era en su imaginación. Para él era un ángel de alas blancas y puras, un ser excepcional en todos aspectos y él veía en aquellos momentos rodeada de gentes que en su con-

versación empleaban vocablos groseros, le resultaba en extremo penoso. Hizo un esfuerzo por adaptarse, por descender de su torrecilla de marfil y se asoció a la alegría general de aquella fiesta, una de las más ruidosas a que asistiera.

Al finalizar el ágape se organizó un animadísimo baile. Hubo danzas de todas clases, desde el famoso «can-can», entonces tan en boga, a la movida polonesa. Uno de los concurrentes tuvo la ocurrencia de poner varias monedas de oro, plata y billetes dentro de su chistera y situarla a la altura de su cabeza. Todo lo contenido en el sombrero pasaría a poder de la que supiera tocarlo con la punta del pie, sin apoyarse para ello en ninguna parte. Ello dió motivo a una exhibición de hajos que el sexo masculino celebraba con grandes risas y a caídas aparatosas que reían ellos y ellas igualmente. Hasta la misma Prudencia, tentada por la codicia, sintió deseos de probar suerte en medio del general regocijo. No era ejercicio apropiado para sus carnes ni para sus años. Olimpia, que figuraba entre la asistencia, deseosa de hacerse notar, como siempre, emprendió una danza endiablada.

—¡Nadie lo hace tan bien co-

mo yo!—gritaba mientras bailaba sin parar.

—Para o se caerá muerta—dijo Gastón al que tocaba el piano.

—¡Más aprisa!—ordenó ella, en pleno frenesí.

Todos formaron corro en torno a la danzarina. Prudencia, velando por la salud de su amiga, le aconsejaba en vano que cesara de dar vueltas y saltos. Al final, viendo que no le prestaba atención, gritó indignada:

—¡Cáete! ¡No me importa!

—No estoy cansada—articuló ella jadeante.

Y segundos después, se desplomaba sin conocimiento, teniendo que reanimarla para que volviera en sí.

Interin la atención de todos se hallaba fija en Olimpia, uno de los contertulios, cuya edad frisaría en los setenta, se había acercado a Margarita, que presenciaba lo ocurrido desde un extremo del salón y de rodillas ante ella le espetaba una declaración fulminante, jurándole que la amaba más que a su vida. La joven acogió las vehementes frases seniles con una piadosa sonrisa y ordenó al pianista que tocara alguna cosa para ser bailada por ella, mientras su fogoso y proveyecto galán se quedó murmurando solo, sin variar de actitud:

—¡Te amo! ¡Te adoro! ¡No puedo vivir sin ti!...

Margarita empezó a bailar con brio. Tomó sucesivamente a dos bailarines y por fin se puso a danzar con Armando, pero a los pocos momentos, acometida por un violento acceso de tos, hubo de desistir, a punto de desvanecerse, por la violenta opresión que sentía en su pecho. Armando la tomó en sus brazos como si llevase a una muñeca y la condujo a su habitación, casi privada, donde la recostó sobre un diván y se quedó a su lado en espera de verla repuesta del todo.

Cuando la joven reaccionó y pudo darse cuenta exacta del lugar en que se encontraba, pasó su mano por los sedosos bucles de Armando preguntándole:

—¿Qué ha pasado? ¿Enfermo también?

—En todo caso de ver cómo está sufriendo... ¡Se está matando!

—Si lo hago, es usted el único que se opone—murmuró melancólica—. ¿Por qué—prosiguió—no baila con alguna de esas muchachas guapas?

Hizo Armando un gesto denegatorio, como si le molestara el que pudiera hacerle tal proposición, y ella, ante la significación de su muda negativa comentó:

—¡Qué criatura es usted!

—Su mano arde—exclamó el muchacho, que sujetaba una de las de Margarita entre las suyas y pudo apreciar su estado febril.

—¿Y ha querido enfriarla con sus lágrimas?—preguntó la joven, después de haber notado el contacto de una furtiva lágrima que traicionando el estado de ánimo del muchacho, fué a caer a su mano.

—Alguien debería cuidarla, Margarita... y yo lo haría si me dejara—musitó Armando con emocionado acento.

Aquellas palabras, y aun más, el tono con que fueron pronunciadas, llenaron de confusión a la cortesana. Si eran sinceras, y de ello no le cabía duda, eran demasiado hermosas. Por otra parte, aquel muchacho que se acercaba a ella con propósitos tan opuestos a los de cuantos hombres conociera, había calado demasiado hondo en su corazón para que pudiese dar a sus protestas de amor el calor que ella misma hubiera deseado. Por el propio bien de él debía desengañarlo. No era digna de unos amores tan puros y tan exaltados. No merecía aquel afecto que Armando le ofrecía, ni valía la pena de que el chico se sacrificase por ella, mujer del arroyo, al fin y al cabo.

—¡Pobre amigo mío! ¡El vino lo ha puesto sentimental!—le dijo cariñosa, realizando para ello un verdadero esfuerzo.

Armando se irguió, con la indignación pintada en el rostro.

—¡No era el vino lo que me traba durante meses, día a día, para saber cómo seguía!—pronunció con dignidad.

Margarita, vencida por aquella afirmación tan rotunda como veraz, bajó la cabeza y musitó desalentada:

—No, no podía ser el vino...

Todos aquellos propósitos y acertadas reflexiones que momentos antes, en el espacio de unos segundos, ideara para entibiar los entusiasmos de su joven amigo los había destruido éste con sólo unas palabras. Armando era tan voluntario como magnánimo. Su pasión por ella no parecía cosa fugaz, y esto era lo que atormentaba y al mismo tiempo entusiasmaba a la bella cortisana.

—Así, ¿querría usted cuidarme?—inquirió zalamera.

—Sería mi mayor placer—afirmó enérgico.

—¿Por qué habría de quererme? Siempre estoy nerviosa, triste, o demasiado alegre. A la larga soy un ser insuperable.

—Pero yo la quiero, no sé si

por sus virtudes o por sus defectos. La quiero tal cual es, sin importarme nada lo demás.

Margarita trató de encaminarlo una vez más por donde su conciencia de mujer realmente enamorada creyó que debía llevarlo.

—Debería casarse—le dijo—. Es joven y sensible. Este ambiente no le conviene.

—Ni a usted tampoco—le interjectó él.

—¡Bah! Estos son mis amigos y yo no soy mejor que ellos. ¡Oh! ¿Qué tendré que hacer con usted para que comprenda lo que me esfuerzo vanamente en hacerle entender?

—¡La quiero, Margarita! ¡La quiero con todas las potencias de mi alma!

—Será verdad—repuso ella con estudiada displicencia—pero, ¿qué puedo hacer yo? Debería irse y no volver más.

Al oír aquello el muchacho se incorporó bruscamente, con la exasperación pintada en el semblante. Tal parecía ser su violencia interior que Margarita, creyendo sin duda que había estado excesivamente dura, lo retuvo por un brazo rectificando con voz mimosa:—Pero no disgustado... Vengade vez en cuando a charlar como amigo.

Ante aquella concesión que abría una puerta a sus esperanzas, Armando se volvió y con aire dubitativo repuso:

—Es mucho... e insuficiente.

Luego, llevado por uno de aquellos repentinos arranques suyos, poniendo en cada sílaba toda la emoción de que su corazón rebosaba, le preguntó:

—¿No cree en el amor, Margarita?

—No sé lo que es—contestó ella con absoluta sinceridad.

Ante aquella respuesta para él tan inesperada, Armando se arrojó y besó repetidamente las manos de su amada, murmurando a cada beso:

—¡Oh, gracias! ¡Muchas gracias!

Ella se abandonó a tales demostraciones de euforia, cuyo significado estaba muy lejos de comprender, según demostraba bien a las claras el gesto de asombro pintado en sus bellos ojos. Comprendiéndolo así Armando aclaró el significado de sus exclamaciones diciendo:

—Por no haberse enamorado nunca.

La ingenuidad del enamorado motivó que a la cortesana la acometiera un acceso de risa.

—Ríase, tal vez sólo así me cure—añadió él con expresión

radiante, asociándose a la alegría de su amada.

En verdad que tales transportes sólo podía efectuarlos un hombre sinceramente enamorado. Así lo entendió Margarita, quien como si pensara en voz alta, sin poder retener en los labios lo que en aquellos instantes acatía su corazón murmuró:

—Al menos lo creo sincero.

—Al fin y al cabo—continuó pensando otra vez en alta voz—quién está cerca de la muerte, ¿por qué no ha de tener un afecto?

Esta vez fué Armando quien la miró con expresión de asombro que a ella le produjo sincera hilaridad. En realidad, en el cacabeo de su risa, de no contentarse, acaso se hubiera deslizado también alguna lágrima.

—Vea, ya me río—exclamó con aire jovial.

Acarició una vez más los bucles de su amado, que aun continuaba arrodillado ante ella, en actitud de adorarla, se levantó y fué hacia una riquísima consola, sobre la cual, dentro de un artístico búcaro resaltaba un gran ramillete de sus flores predilectas. Tomó una camelia y se la entregó diciéndole con la más prometedora de sus sonrisas:

—Tenga, y vuelva cuando se marchite.

Armando cogió la flor y se fué hacia la puerta. Al llegar junto al umbral, besó los blancos pétalos. Tras reflexionar un segundo, se volvió decidido, y mostró la flor a su amada diciéndole:

—¿Ve? ¡Ya se marchitó!

Los ojos del joven parecían brillar de una manera especial.

Margarita, con su gran experiencia en las lides amorosas, comprendió que aquél era un momento decisivo en su vida y en la de Armando. Al coger la flor que éste le devolvía, el muchacho tomó su mano, la atrajo hacia sí, enlazándola por el tallo y ella se sintió vencida, sin voluntad para contenerlo. Sintió sobre su rostro el aliento cálido, abrasador y luego un beso largo, apasionado; el contacto de unos labios ansiosos que a través de los suyos parecían quererle sorber el alma. A ese beso primero siguieron otros muchos correspondidos con la misma fogosidad, pues que en materia de besar, lo difícil es comenzar, según reza un adagio tan viejo como el mundo.

—¡Despide a esa gente!

Ante la actitud vacilante de su amada, añadió:

—Les diré que no estás bien.

—Tú también debes irte.

No le aclaró que debía hacerlo para cubrir las apariencias, para

que no fueran luego con delaciones al Barón, que tardaría en enterarse tanto como tardaran sus propios invitados en sospechar la verdad. Pero lo cierto es que a eso y no a otra cosa obedecían aquellas precauciones. Aquel exceso de prudencia dió lugar a que por la frente de Armando pasaran como un relámpago las arrugas de la preocupación. Su gesto no escapó a la fina percepción de Margarita. Sabía ésta que una caricia a tiempo esfuma cualquier mal pensamiento y que no hay argumento tan contundente como un beso fogoso para eliminar cualquier objeción. Empleó con éxito su femenino recurso y ejecutó luego un acto todavía más decisivo.

Sobre la consola que ya hemos mencionado, y a la derecha del florido búcaro, figuraba una alcancía de primorosa labor. Era el regalo de un orfebre famoso. Levantó la repujada tapa con aire misterioso y extrajo de ella algo a cuya vista se iluminaron los ojos del amado. Nunca esperó dicha parecida a lo que implicaba para él la posesión de aquella llave. Recibir la de las puertas del paraíso no le hubiera hecho tanta ilusión. Para él era aquello mucho más: era el mágico «abre-te sésamo» de las puertas de una

dicha soñada que siempre se figuró inasequible. Pero allí estaba aquel breve y extraño pedazo de hierro para demostrarle lo contrario. Aquello implicaba nada menos que el título de dueño del corazón de Margarita. La recibió embelesado, guardándola con unción en uno de los bolsillos de su chaleco, acariciándola por encima de la tela, como si le pareciera mentira que era cierta tanta dicha y quisiera cerciorarse de que continuaba en su poder.

Si no le hubiera contenido el miedo al ridículo, de parecer demasiado infantil a los ojos de ella, hubiera saltado y chillado como un poseso. La estrechó nuevamente en sus brazos sin hallar palabras para demostrarle su agradecimiento. Sus labios le dijeron con el tibio contacto lo que de otra forma no acertaba a expresar.

—Vuelve luego solo...—profirió Margarita en voz baja.—Ve al salón y Nenine os echará.

—¿No me mandarás de nuevo por «marrón glacé», eh?—dijo él con malévola sonrisa a tiempo que abandonaba la cámara.

—Tú mismo abrirás al volver—aseguró ella, besándole por segunda vez.

—¡Eres un ángel!—musitó el transportado de alegría.

En el salón continuaba la jue-

ga en su máximo apogeo. Había una zarabanda de mil diablos. A juzgar por sus gritos, saltos y acrobacias anacrónicas, la mayoría de los reunidos daban la impresión de haber perdido el control de sí mismos.

No era cosa de dejar la hacanal en su punto culminante, pero tampoco podían abusar de la hospitalidad de la anfitriona si ésta se hallaba indispuesta. Prudencia fue quien halló solución al conflicto, haciendo la proposición de que podían pasar todos a su casa, que, según sabemos, era un piso del mismo inmueble. La propuesta fue acogida con aplauso por los circunstantes, y con preocupación por la tacaña modista, pesarosa de haberse lanzado en un momento de irreflexión, sin tener en cuenta el gasto que aquello podía suponerle. Mujer de grandes recursos y ningún escrúpulo, concibió inmediatamente la idea de salir airosa del paso sin gastar nada. La visión de la mesa de Margarita, todavía espléndidamente provista, le dio tan feliz ocurrencia. Quien no cogió una fuente se llevó dos botellas o tres, y otros todavía mucho más. En un abrir y cerrar de ojos dejaron vacía la casa y el comedor, marchando en fila, silbando imitando la partida de un tren.

DESAIRADO POR SEGUNDA VEZ

Margarita se había puesto sus mejores galas y se acicaló como nunca. Estaba ante el tocador cuando penetró en la estancia su abnegada Nanine.

—¿Se fueron ya esos locos? No oigo nada.

—Hará como una media hora que salieron. He preparado cena para dos.

—¡Mi buena Nanine! ¡Eres la perla de las sirvientas! ¡Estás en todo! Sin embargo, yo, a pesar de que casi no probé bocado, ni me acordaba de tal cosa.

Continuó Margarita en su agradable tarea de componerse como una novia, y Nanine, en silencio, fué preparando la mesa en su propia estancia. Una mesa servida con el primor de las grandes solemnidades: el servicio con los candelabros de plata, vinos selectos, manjares escogidos... ¡Lo mejor de la bien provista despensa!

Y lo mejor fué para quien menos esperaban: para el Barón que se presentó de improviso, observando con el mayor deten-

imiento aquella preparación, que lo dejó bastante perplejo. No escapó a su intuición de galanteador experimentado que aquel festín estaba preparado para alguien que no era precisamente él.

—Veo que has celebrado mi partida—observó con reticencia.

—¿Con que no has ido a Rusia?—repuso Margarita en el mismo tono—. Lo suponía.

—No puedo vivir sin ti—dijo irónico—. Después de viajar todo el día he vuelto.

Margarita lo miraba a hurtadillas, espiondo todos sus movimientos y en especial aquel tono de sarcasmo que pese a su deseo de ocultarlo traicionaban las inflexiones de su voz. Tras la aparente sonrisa, Margarita que lo conocía tan a fondo podía advertir que la indignación del Barón iba en aumento. Al fin, sin poder disimular ya más preguntó, señalando hacia la mesa:

—¿Cena para dos? ¿A quien esperabas?

Por el dominio que de sí misma tenía y lo esperado de la ob-

servación ésta, no la cogió de sorpresa y repuso con el mayor aplomo:

—A ti... Nunca creo a un hombre cuando dice que se va. ¿No quieres comer?

Hizo ademán de sentarse a la mesa, pero desistió ante la negativa de su amigo, quien, con aire algo resentido, aun cuando pugnaba por no parecerlo, manifestó que no tenía apetito. En cambio, tomó una botella y la invitó a que bebiere con él. Y entonces fué Margarita la que contestó con sequedad:

—Gracias, no tengo sed.

—Entonces... ¡Feliz cumpleaños! —brindóle, apurando la copa.

Margarita le agradeció el cumplido con una sonrisa que no pasaba más adentro de sus dientes y se sentó al piano, atacando una rapsodia, con toda la impericia de que era capaz. Si con aquello creyó que acabaría por espantar al Barón y hacerle marchar se equivocaba de medio a medio. En la forma de tocar advirtió éste que a su amiga la dominaba una grave preocupación, y seguía su desmañado teclado con enigmática sonrisa. Le mordía en el alma el diablillo de la sospecha y no era hombre capaz de dejarse engañar a sabiendas. Ante aque-

lla actitud entre irónica y recelosa del Barón, Margarita trató de justificarse.

—¿Es tan difícil esta parte?...

—Piensas en otra cosa.

—La verdad es que nunca supe tocar este trozo muy correctamente. ¿Querías ejecutarlo tú?

Varville hizo una mueca, se arrellenó todavía un poco mejor en el sillón donde se había sentado y dijo con intención:

—Es muy tarde. ¿No desees que me vaya?

—Tócalo — insistió ella para despistar.

El Barón se sentó ante el piano y comenzó a ejecutar la pieza que había en el atril. Margarita estuvo un momento a su lado y luego, sin ser vista, tocó la campanilla. No tardó Nanine en aparecer y le bastó una mirada de su señora para comprender que debía obrar con la mayor discreción. Así pues, se fué hacia la mesa puesta, simulando que ultimaba algunos detalles y Margarita coincidió también con ella, diciéndole al oído que echara el cerrojo de la puerta y no abriera a nadie, por más que llamasen.

El coloquio entre ambas no pudo ser más breve y discreto, pero el agudo sentido de observación del Barón, a cuya recelosa actitud no escapaba detalle, ad-

virtió que Margarita decía algo breve, con voz casi imperceptible y preguntó de mal talante:

—¿Qué enchicheáis?

—Estaba dando órdenes a Nanine.

—No lo dudo... subrayó con acento intencionado.

Margarita estaba pasando unos momentos extraordinariamente desagradables. A medida que corría el tiempo sin que se fuese el Barón crecía también su inquietud. Por la actitud de su amigo había comprendido que éste se hallaba dispuesto a esperarse allí hasta que descifrara el enigma de la mesa puesta para dos. Con la orden dada a Nanine, se quedó algo más confiada, pero si decreció en parte el nerviosismo podríamos decir que aumentó en cambio su pena. Por segunda vez tenía que dejar hurlado al apuesto muchacho que parecía adorarla como a una santa. Tal como lo presumía, no tardó en oírse la campanilla de la puerta del piso, pulsada al parecer de manera frenética.

El Barón, que no aguardaba otra cosa, al oír aquello interrumpió su sonata exclamando con voz un tanto desabrida:

—No deberías permitir que llamasen a la puerta mientras toco.

Ella, que dominándose a costa

de grandes esfuerzos había adoptado una pose de ensimismamiento, como si nada ocurriese, replicó con la extrañeza de quien despierta de un sueño:

—¿Han llamado?

—¿Es que mi música te aísla del resto del mundo?

—¡Tocas divinamente!

—¡Y tú mientes divinamente!

—¡Gracias, es más de lo que merezco!

—No es ni la mitad de lo que mereces! —concluyó él exaltado, haciendo ademán de marcharse, quizá para encontrarse con el noctámbulo visitante.

Margarita, deseosa de evitarlo, lo retuvo por un brazo diciéndole en tono suplicante:

—No vayas. Te diré quién es.

Ante aquella actitud y cambio de tono, conseguido en parte lo que se proponía, o sea desenmascarar la superchería de su amiga, haciéndole ver que con él no valían disimulos, Varville quedó indeciso unos momentos, sin saber qué partido le convendría adoptar y Margarita prosiguió entre indiferente y dolorida:

—Diría que es alguien que se ha equivocado de puerta... o el gran amor de mi vida. ¡Pudo haberlo sido!... — musitó al fin, con voz apenas perceptible.

El Barón vió cómo resbalaban

lentamente las lágrimas por las mejillas de la cortesana. Lágrimas silenciosas, vertidas sin aspaviento ni contracción alguna.

Varville sonrió con aire de triunfo. Se había quedado sin saber para quién podría ser aquel cubierto, que tanto excitara su curiosidad y su encono; pero sabía en cambio que, fuera quien fuese, el rival había quedado desairado y él dueño de la situación. Interiormente se felicitaba de haber tenido la feliz ocurrencia de haber simulado un viaje y sorprender así a su amiga, haciéndole comprender, de una vez para siempre, que con él no valían simulaciones ni engaños. Antes de que ella fuera, él estaba de vuelta de muchas cosas.

¿Y qué diremos de Armando? Se sintió vejado, ridiculizado, escarnecido... Durante muchos días fué la desesperación su única compañera. Cobró tal aversión a París y a cuantos en él vivían, que no pudiendo soportar más aquella atmósfera de doblez y de mentira que parecía emponzoñar el aire de la gran urbe, decidió marcharse a la localidad donde habitaban sus familiares.

Lo hallamos en la mansión de los Duval, con ocasión de celebrarse en el seno de la misma una de las gloriosas efeméridas

de la familia: la primera comunión de la menor de sus hermanas. Día de gran felicidad para todos y en particular para el patriarcal señor Duval, a quien, a la sazón hallamos extasiado contemplando con arrobó a su hija. Habían vuelto ya de misa y se disponían a sentarse todos en torno a una bien provista mesa instalada en el jardín.

Antes de comenzar el ágape, el señor Duval llamó junto a sí a la niña y la contempló unos momentos diciéndole:

—Deja que te mire detenidamente para recordarte siempre tan hermosa como estás en este día de tu primera comunión. ¡Que Dios te conserve pura y dichosa, hija mía! — concluyó besándole la frente.

El señor Duval era un hombre que frisaba en los sesenta. Poseía una abundante cabellera blanca y todos los rasgos de su rostro denotaban un alma noble y recta. Había sido siempre un padre y esposo modelo. La señora Duval era una mujer apaciblemente buena, una madre ejemplar, entregada por entero al cuidado del marido y de los hijos para lograr la felicidad de aquel hogar donde apenas destacaba y, en el que, sin embargo, se advertía su presencia en todos los detalles y



- Va estoy mejor. Vaya a bailar con
alguno de los que están en el salón.



- Margarita, alguien debería cuidarlo a usted.



- ...¡Cómo he esperado este instante! La vi por vez primera hace año y medio. Estaba en una tienda de la plaza de la Bourse...



Voy a dejar al Barón,
le diré que quiero a otro.

- ¡Mira y alcabo, quien
está cerca de la muerte
¿por qué no ha de tener
un amor?



ROBERT TAYLOR
en su creación de
Armando Duval



GRETA GARBO
en la figura de
Margarita Gautier



- Nos iremos a vivir
fuera de París.



- ¡He cobrado mi fortuna esta noche! Y en el momento que se termine, trabajaré, mendigaré, robaré para él...



- Aquí tienes los cien-
ta mil francos, mi úl-
timo homenaje.



- Sería demasiada fe-
licidad para mí que Ar-
mando me quisiera de
veras.



«Quiero tanto a mi hijo como pueda quererlo usted.

«Sí, pero usted tiene a otros seres queridos y yo sólo tengo a Armando.



«¡Tu vivirás; has de vivir para mí!

en todos los momentos. Era algo así como el aire, que no se nota, no oprime, y sin embargo, resulta indispensable para vivir.

La comida, a la que no asistieron más que contadísimas personas extrañas —pues los Duval no eran dados a fiestas de relumbrón— fue en extremo grata y apacible, como todo lo de aquella casa. Al terminar, el señor Duval se levantó a brindar por la eterna felicidad de todos los presentes. Armando lo hizo también por su hermana Luisa y por su buen amigo Laurentin, allí presentes, que... «pronto serán marido y mujer». Este final del brindis hizo que a Luisa se le subiera el rubor a la cara y que Laurentin sonriera rebotante de satisfacción.

Durante la sobremesa, Armando y su padre quedaron unos momentos solos.

—Hijo, no sabes cuánto celebró que hayas venido.

—Me trae un motivo egoísta.

—¿Deudas?

Al señor Duval, que también había sido joven, le pareció que

ésta debía ser la razón de la presencia de su hijo, pero éste denegó deber nada a nadie.

—¿Enamorado?

—Te equivocas, papá. Quiero viajar. Estoy harto de esperar un puesto en el Ministerio de Estado.

—Tus rentas no te permitirán viajar con lujo.

—Queda el capital—observó él con timidez.

—¿No consiento que toques la herencia de tu abuelo!—protestó el señor Duval con la mayor energía.

Espíritu aferrado a la economía, como buen francés tradicional, le sublevaba la sola idea de que su hijo, por el capricho de distraerse, pudiera malgastar lo que el viejo había amasado en años de sudores. No obstante, como adoraba a su hijo y estaba dispuesto a complacerle, añadió con tono más condescendiente:

—Pero me sobran unos miles de francos... Te los daré... tú no eres mal hijo.

—Me gustaría salir mañana mismo —aprobó el muchacho, conformado en parte.

RECONCILIACION

Aquella noche que Armando se viera tan cruelmente desairado por segunda vez, supuso que el Barón debía ser causa de todo aquello. Le constaba que Margarita sentía por él algo más que una profunda simpatía y estaba convencido de que para hacerla suya necesitaba ofrecerle lo mismo que Varville le daba: dinero sin tasa.

De aquí que concibiera el proyecto de ir a ver a su padre para arreglar el asunto de la herencia de su abuelo. El viaje no era más que un pretexto. El capitalito que su abuelo le legara importaba una cantidad de miles de francos que a él le parecía bastante respetable. Con sólo sus rentas, tenía bastante para llevar una vida de soltero, no fastuosa, pero sí desahogada.

Al regresar de nuevo a París, escribió una carta a Margarita donde vertió cuanto celhar había en su corazón; emitió algunos conceptos, en forma un tanto diplomática, que lastimaron profundamente a Margarita y acabó

por hacerle rendidas protestas de amor, suplicándole que lo hiciera feliz, ya que sin ella su vida le parecía que no valía la pena de ser vivida.

Al ir la modista a buscarla se encontró con que Margarita se hallaba ante su escritorio, sin vestir ni acicalar.

—¿No íbamos al teatro?

—He cambiado de opinión. ¿Cómo se escribe «excusa», Prudencia?

—¿Qué sé yo! No soy maestro.

—Ni yo... hace seis años ni siquiera sabía escribir mi nombre.

La modista preguntó a Nanine, que accidentalmente apareció en la estancia.

—Ya lo hizo—repuso la doncella—. ¿No es la misma excusa de antes?

—¡No os molestéis!... ¡No es necesario!—dijo apenada Margarita consultando su reloj, al ver que ya había pasado la hora que Armando le fijara para recibir su contestación.

—Yo tengo la culpa. Prudencia—se lamentó—. ¡Se marchal

—No se irá. Nunca se van.

—Este sí. ¡Y tal vez sea mejor!
¡Pero no debió escribirme tales cosas!

—Déjate de temores y vámonos al teatro.

—Antes, ve a ver si se va de veras—indicó dándole la carta ya terminada.

Tomó Prudencia la misiva y fué a llevarla a su destino, mal de su grado.

Llegó al domicilio del joven dando resoplidos y protestando de que en París permitiera el Gobierno que pudiera vivir nadie en pisos tan altos. No estaba ella a sus años para apechugar con tantas escaleras.

—¿La envía Margarita?—inquirió el joven.

—Sí, quiere saber si es que se va de veras, tal como le escribió o si desiste de ello. Usted y ella están mejor separados.

Al hablar así, Prudencia opinaba de acuerdo con su egoísmo, porque era indudable que de un amante como Armando, a ella iban a sobrarle muy pocas migajas, cosa que le hacía mala la gracia, ya que el esplendor de la cortesana era para su modista la principal fuente de ingresos desde hacía mucho tiempo.

Fuera porque no confiase en la diligencia y fidelidad de su

mandadera, o fuese porque los términos de la esquila últimamente recibida eran tan conculcatorios que la devoraba la impaciencia y no podía aguardar hasta el regreso de Prudencia, ello es que Margarita se vistió en un periquete, tomó el coche que la aguardaba a la puerta de su casa y llegó a la de Armando segundos después que su modista. Fué ésta misma quien le abrió la puerta.

—¿Se va de veras Armando?—inquirió afanosa.

Prudencia denegó con la cabeza y entonces su amiga le ordenó:

—Espérame en el coche.

—Será mejor que me quede—protestó recelosa.

—¡Es mejor que no!—exclamó la cortesana con energía.

Casi no se atrevía a ponerse frente a frente a su amado. Sin embargo, el paso ya estaba dado. Temía los reproches que él, con razón, pudiese dirigirle. En aquel momento consideró que había sido imprudente, pero tranquilizó su propia conciencia el pensar que estaba obrando como una verdadera enamorada, y el amor jamás pecó de reflexivo. Si se reflexiona es que no se ama. Se saludaron con relativa frialdad.

—Tu carta era muy poco amable—murmuró Margarita.

—¿Qué esperabas que te dijese? Me lo imaginé todo porque aquella noche, al salir, vi ante la puerta de tu casa el coche del Barón.

—Y claro está, tuviste celos... Si es así, harás bien en irte—murmuró ella viendo que su amado estaba arreglando las maletas.

—¿Qué importa que me vaya o que me quede?—contestó él amargado—. El caso es que te burlaste de mí nuevamente. ¿Cómo te reirías!

—No me reí... Y luego, tu carta, me produjo luego un gran disgusto.

Al oír aquello, Armando dejó de empacar sus ropas y se acercó al sillón donde Margarita se hallaba sentada. Por el tono de su voz comprendió que sufría.

—No negaré que fui un poco violento, pero si te escribí de aquella forma fué porque te quería y aquella segunda burla ¡me lastimó tanto!, porque, si no podía tener esperanzas. ¿por qué me las habías hecho concebir momentos antes?

—Una vez tuve un perrito que se ponía triste cuando yo lo estaba, y le quería mucho.

—La comparación no me favorece demasiado —protestó él cariñoso.

—Lo digo porque creo que él y

tú sois los dos únicos seres que en la vida me han profesado un afecto sincero. Me convencí de que me querías de veras cuando tus lágrimas regaron mi mano. Y entonces, yo también sentí que estaba enamorada de ti.

Armando la besó cariñosamente. La anécdota era ingenua. La comparación le pareció entonces francamente deliciosa y hasta sutilmente delicada. Pendientes de las paredes había algunos retratos que llamaron la atención de la cortesana. Especialmente el de una chica joven en la que su intuición le hizo ver de momento una rival. Preguntó quién era y Armando le dijo que era su hermana Luisa.

—Esta señora de cierta edad, ¿es tu madre?

—Sí.

—¿La quiere mucho tu padre?

—¡Naturalmente!

—Hará mucho que están casados, ¿verdad?

—Treinta años.

—¿Y se han querido durante tanto tiempo?

—Lo dices como si no lo creyeras, como si fuese algo imposible.

—Cuesta creer que en el mundo pueda existir tanta felicidad. ¡Treinta años queriéndose!...

En su concepto una cosa así

era algo realmente imposible. La vista de aquellos retratos, el estar al lado de su amado y la sensación de dulce bienestar de que parecía hallarse impregnada aquella estancia la habían transformado de tal manera que rompió en llanto. Algo contribuyó a ello quizás el ver cuánta diferencia existía entre ella y la familia de su amado, acentuándose en su cerebro la idea de que todas sus fantasías con respecto a él y ella no pasaban de ser una encantadora quimera.

—Ahora eres tú la que deja caer las lágrimas en mi mano—dijo Armando—. ¿Por qué?

—¡Tú no me querrás durante treinta años! ¡Ni nadie!

—Te querré durante toda mi vida. ¡Ahora lo sé! Estos días últimos han sido para mí una revelación. ¡Si te contara lo que yo he pasado!...

Entonces fué Margarita la que deseó saber y Armando le refirió todas sus desesperaciones, todas sus amarguras; cómo había ido al pueblo de sus padres para proporcionarse dinero y conquistarla con él si ello hubiera sido necesario. Después de haber puesto al desnudo su corazón se quedó como transpuesto. Margarita lo contempló en silencio bastante rato.

—¿Te has dormido?—le preguntó al fin.

—No dormía, soñaba. Soñaba contigo. Estábamos solos en el campo.

—Una idea muy bonita, como casi todos los sueños.

—No, ésta es una realidad. Lo he pensado muy detenidamente y te llevaré. Por largo tiempo... hasta que estés completamente curada.

—¡Qué tontería! Cuesta mucho dinero ir al campo.

—Lo tengo. Además, tengo siete mil francos anuales de renta.

—Gasto más en un mes... y nunca me he preocupado de dónde viene.

—¡Deja al Barón!

—Es a ti a quien debo dejar—murmuró ella volviendo a la prosaica realidad—. Emprende ese viaje que querías hacer y olvídame.

—Creí que significaba algo para ti—articuló él desalentado.

—¡Significas ya demasiado! ¡La vida se abre ante ti! ¡Ya sabes lo que ha sido la mía!

—¡Que me importa lo que hayas hecho! Margarita, necesitas más amor y más cuidados que dinero. Yo puedo proporcionarte todos esos cuidados si me lo permites.

—¡Ilusiones! No serías feliz

conmigo—concluyó ella levantándose.

—No, ni tú conmigo—corroboró él con enfado—. ¡Me iré hoy mismo!

—¿Lo ves? Ya volvemos a las mismas. No me comprendes. Si hablo así no es porque piense en mí, sino en ti, por tu propio bien.

—Entonces, ven al campo.

—Conformes, pero si fuera, ¿me prometes no tener celos?

—Juro no tener celos... si tú juras no ver más al Barón.

—¿Te convences ahora de que no es posible?—rió ella—. Mi ausencia sólo serviría para torturarte. Dentro de una hora me pedirías que te jurase otra cosa. ¿Cómo puede haber nadie capaz de creer que puede edificarse toda una vida dejándose llevar por el impulso de un momento de amor? Y no obstante—prosiguió reflexiva—me tientas a que lo haga.

Armando, viendo que tenía la partida a punto de ganar, persistió con energía.

—¡Pues cierra los ojos y di esis! ¡Te lo mando!

Margarita cerró los ojos, tal cual él le decía y con voz velada por la emoción murmuró:

—Voy a dejar al Barón. Le diré que amo a otro.

Armando la estrechó en sus

brazos, emocionado. Al fin había salido vencedor. Margarita, la elegida de su corazón, iba a ser suya ¡y para siempre! Se separaron convencidos de que habían trazado ya de una manera definitiva el itinerario de sus vidas paralelas. Margarita llegó a su casa radiante de alegría.

—Me voy al campo con él, Prudencia—dijo a su modista, sin poder contener por más tiempo tan agradable secreto.

—¡Y yo que creía que tenías honradex!—exultó indignada la aladida.

Ante el gesto de asombro de Margarita su vecina continuó:

—¿Quién pagará todo lo que debes?

—¿Pero es que tengo deudas?

—¿No me debes a mí diez y siete mil francos?

—Bien, ¿y qué?

—¿Crees que te dejaría salir de París sin pagarme?

—Pues pese a todo me iré.

—¿Y qué pasará cuando tus acreedores abrumen a Armando? ¡Te acosarán en tropel! ¡Qué bonitas vacaciones pasarás!

Margarita hubiese dado cualquier cosa por hacer callar aquella lengua de víbora. No obstante, sus palabras, por muy duras que fuesen, eran la realidad.

—¡Dios mío!, ¿por qué no pue-

de haber nada perfecto?—lamentó desilusionada—. ¿Qué crees que debo hacer, Prudencia?

—¡Lo de siempre! Pedirle dinero al Barón. No necesitas decirle para qué.

Margarita interrogó con la mirada a Ninine, requiriendo su consejo de aldeana inculta pero sensata y práctica, como había hecho muchas veces.

—Tiene razón—indicó la interrogada—. Ha de sacar dinero de alguna parte.

—¿Es que te has vuelto de repente una colegiala sentimental?—protestó aun Prudencia, remachando el clavo.

Como en aquel momento percibiera su aguzado oído que alguien introducía una llave en la puerta del piso murmuró:

—Ahí viene el Barón. Arregla este asunto cuanto antes. Yo me voy.

Al llegar al recibidor se halló con Varville, que estaba despojándose de su abrigo.

—¡Querido Barón! —saludó zalamera—. Le saludo y me voy. Espero que aprobará ese plan de Margarita.

Varville, desconocedor de lo que quería insinuarle, hizo una mueca de extrañeza.

—Sí, el doctor insiste en que ha de permanecer unos meses en

el campo. Ella le enterará mejor que yo. Buenas noches.

—No lo dudo, señora. ¡Buenas noches—le replicó extrañado.

Al llegar al salón encontró a Margarita frente a su pupitre, anotando cuidadosamente cantidades y sumándolas con cuidado. El Barón la observó un momento con aire socarrón. Sabía por experiencia que cuando una mujer hace cuentas acaba infaliblemente por pedir dinero y se preguntaba en su interior cuánto iba a costarle aquella afición a la contabilidad que repentinamente parecía haber invadido a una mujer tan ajena como ella a cuanto significase números.

—¿No están bien ordenadas?—inquirió al ver que él la observaba con burlona sonrisa.

—Muy bien, pero ¿por qué?

—Descarta pagar estas facturas que importan cuarenta mil francos. ¿Querrás prestármelos?

Varville se mordió los labios para no soltar una palabra no muy agradable e hizo un gesto denegatorio, sin perder su aire burlón.

—¿Qué puedo hacer entonces?

—Muy sencillo. Vente conmigo a Rusia y te daré cuanto quieras.

—¿Y por qué no me los prestas aunque no me vaya?

—Te conozco un poco, o acaso demasiado. Entonces quizá prescindiéras de mí. Ya me habló Prudencia de tu plan.

—¡Es una charlatana!

—¡Vivir sola, en el campo, obedeciendo al doctor, es admirable... pero inverosímil en ti!

Era el Barón un hombre frío, calculador, como buen financiero. Margarita no lo había visto exaltarse casi nunca. Su aspecto más temible era cuando adoptaba ese tono sarcástico, tras el cual disimulaba con las mejores maneras sus peores intenciones. Y aquel día no había dejado ni un momento ese aire irónico que tenía la virtud de crispar los nervios de su amiga y que gracias a él se le había hecho tan aborrecible. Después de haberle dicho las últimas palabras que llevamos transcritas, con un tono ya más grave y hasta un tanto cariñoso, añadió:

—Margarita, o dejaré de verte o te apartaré de la vida que llevas.

—¿Y me encerrarías en ese castillo que tienes no sé dónde?

—No necesitas decirme que tienes compañero para esas vacaciones—protestó enérgico—. Lo estoy leyendo en tus ojos, aunque trates de ocultármelo. Pero no me importa. Así me libraré de una necia como tú.

Así diciendo, echó mano a su cartera y extrajo de ella un voluminoso legajo de billetes, que dejó encima del escritorio.

—¡Ahí van los cuarenta mil francos! ¡Es mi última concesión! ¡Conste que no cometo el mismo error dos veces!

Margarita agradecida despidióle con un beso, contestándole el Barón con una bofetada en pleno rostro, olvidando que era un caballero y del título que ostentaba. Y al día siguiente, Margarita, después de haber satisfecho sus deudas, emprendió gozosa el viaje hacia la campiña, con su fiel Nanine, portadora, entre otras cosas, del maleficio de las joyas, que vigilaba con el celo de un terranova.

Para Margarita fué aquél un viaje delicioso. Llegaron a su destino anochecido ya, de forma que, hasta el día siguiente, no pudo saber que se hallaba en una pintoresca aldea, rodeada de bosques y de montañas. Un lugar solitario por donde el paso de un coche constituía poco menos que un acontecimiento. La casa era una rústica casa de campo, habitada por unos granjeros conocidos de Armando. Este se hospedaba en la fonda del pueblo, distante unos dos kilómetros escasos. Nanine y su amado opinaron

que la mansión no era un modelo de belleza ni de atracción, pero a Margarita le pareció aquello la antesala de la gloria.

Despertó muy de mañana, con un apetito feroz. Nanine, al verla despierta a hora tan desusada, temió que hubiera pasado la noche en vela, pero ella afirmó no haber dormido nunca tan placidamente. Aquel aire tan puro, aquella paz eran algo maravilloso para ella. En cambio, a Nanine le resultaba por demás desagradable. No tenía Inces de gas y debía ir a buscar el agua a la fuente. En cuanto apuntó el día, los pájaros no la habían dejado dormir y las sábanas de su cama eran tan ásperas que se había pasado la noche rascando. Se conformaba, sin embargo, pensando que la señorita no tardaría una semana sin pedir a voz en grito que la volbiesen a París.

Por el momento, salvo que la doméstica tuviera condiciones de vidente, no habla nada más lejos de la realidad. Margarita se creía viviendo un cuento de hadas. Su primer cuidado fue inquirir si estaba muy lejos la fonda de Armando y su sabia Nanine cuándo llegaría a visitarla. La conversación de señora y doméstica se vio interrumpida por un estrepitoso golpe dado en la puerta, que hizo

dar un brinco a la criada.

—¡Qué susto!—tartamudeó.—
¿No puede llamar como es debido?

Era Teresa, la granjera, que entraba con un gran cuenco lleno de leche de sus vacas, recién ordeñadas.

—Un sueco, mete más ruido que los nudillos—dijo la campesina sin inmutarse.

Luego, se acercó al lecho donde reposaba la señora y le ofreció el tosco recipiente diciendo:

—El señorito me dijo que debía tomar usted mucha leche.

—La señorita toma café—protestó Nanine, que aun guardaba rencor a la campesina por el reciente susto.

—En el campo me desayunaré con leche—intervino Margarita conciliadora.

—¿Qué vacas tienen?—inquirió.

—Suizas.

—Me lo suponía. ¿Y qué comen?

—Heno, trébol, salvado...

—Algún día las enseñaré a pasear y le enseñaré cómo han de cuidarse.

Armando compareció en el preciso momento en que Margarita terminara de vestirse. Se abrazaron efusivamente. Contra lo que él suponía, la enferma no se ha-

llaba cansada. Tenía ganas de pasear, de conocer todo aquello. Salieron y a instancias de ella, contra el parecer del joven, examináronse hacia una cercana colina, para divisar desde ella todo el paisaje. Sentía ansias de extasiarse en la contemplación de aquella Naturaleza tan pintoresca, cargada de los aromas más gratos.

Desde la cúspide del monte divisaron un castillo situado al pie de la vertiente.

— Parece el castillo de un rey — comentó señalándolo —. De niña deseaba ver un castillo grande por dentro.

Durante la ascensión, Margarita se sintió bastante fatigada y una o dos veces creyó que iba a desfallecer, pero procuró disimular su flaqueza para que Armando, que iba un poco más adelante que ella, no la hiciese retroceder. Al bajar, tras una breve caminata, notó que ya no podría más y se sentó casi agotada, confesando su impotencia. Por fortuna, acertó a venir un coche y Armando preguntó al auriga si podría llevarlos hasta la alquería, a lo que el cochero accedió de buen grado. Instalada en el lujoso coche descubierta, sobre sus mullidos cojines, Margarita se sintió ya mucho mejor. El cochero puso el

cahallo al paso, para que la señora no sufriera demasiado con los baches de aquel camino bastante desigual. Desde una de las revueltas del mismo y a través de un claro del bosque divisaron en lontananza la inmensa mole del castillo. Armando sintió curiosidad por saber quién era el propietario de tan imponente construcción milenaria y se lo preguntó al cochero.

— Es de mi amo, el Barón de Varville — repuso el hombre, bien ajeno al efecto que su contestación podía causar a los ocupantes del coche.

El saber que podían tener como vecino al aludido personaje, motivó en ambos reacciones bien distintas y desagradables. De haberse encontrado ella en mejores condiciones de salud, a buen seguro que hubiese descendido del carruaje y no digamos nada de Armando. El conjuro de aquel nombre tuvo la virtud de que ninguno de los dos profiriera una palabra en todo el trayecto. El día luminoso concluyó con un velo de tristeza. Pero con el nuevo sol del siguiente desapareció el ingrato recuerdo, y Armando y Margarita se dispusieron a celebrarlo de la mejor manera posible: yendo al bosque y paseando completamente solos, sin que nadie vinie-

ra a distraerles, porque la soledad ha sido siempre lo más deseable para las almas enamoradas. Antes de salir, Margarita llamó aparte a Nanine y le suplicó que si llegaba una carta para ella se la mandase al bosque con Jacques, el mozo de la granja, pero sin que se enterara de ello Armando. Debía meterla dentro del libro que por aquellos días constituía su lectura, y llevarle éste como si se le hubiera olvidado. Bien lejos estaba Margarita de sospechar que Armando, situado entonces tras la puerta ante la que daba tales órdenes su amada, escuchaba toda la conversación.

Los distrajo un momento la presencia de Jacques, quien cumpliendo las órdenes recibidas fue a llevar el libro que se había dejado olvidado la señora. Esta lo dejó al pie de un árbol, bajo su falda. Desde que recibiera el libro parecía aun más contenta y Armando, por consecuencia, mucho más preocupado. En un acceso de entusiasmo hundió el rostro entre la hierba todavía salpicada de rocío y aspiró profundamente sus emanaciones.

—¡Qué bien huele la tierra!— exclamó jubilosa.

Pero al hundir su cabeza en el suelo vio un trébol de cuatro ho-

jas y lo cogió con alborozo, diciendo:

—¡Esto trae suerte! De niña creía que podrían cambiar el rumbo de mi vida.

Armando seguía con el mismo semblante huraño.

—¡Qué serio! — le reprochó sonriente—. Si *souries* te lo daré.

—Guárdatelo — repuso él con desdago.

Margarita se incorporó para ponérselo en el ojal y él aprovechó aquel movimiento para apoderarse del libro.

—¿Conque lees «*Manon Lescaut*»?

Se abalanzó ella para arrebatárselo, sin conseguirlo, porque Armando lo sostuvo entre sus manos con energía.

—No, no te lo dejaré—protestó con forzada sonrisa—. Porque era embustera y falsa.

—Pero ella le quería.

—El era un cobarde al compartir su amor con otros.

Todo este diálogo lo sostenían pugnando uno por quedarse con el tomo y ella por quitárselo. Armando, como jugueteando, pero con fuerza, cogió una de las manos de ella y se la retiró, con tal ímpetu que le hizo exclamar con tono quejumbroso:

—¡Me haces daño!

Sin hacer caso de sus protestas,

se levantó con el libro en la mano y sacó la carta tirándosela sobre la falda mientras le decía con acento rencoroso:

—¡Toma, ahí tienes la carta que esperabas!

—Puedes leerla—contestó ella, decepcionada de que le hubieran descubierto aquel secretillo, dando, empero, a entender que no le afectaba gran cosa.

Armando vaciló unos segundos antes de hacerlo. Sin embargo, los celos pudieron en aquel momento más que su caballerosidad y rasgó el sobre para inquirir el contenido.

—¡Has vendido tus alhajas!—murmuró desalentado.

—Un anillo, para comprar un vestido de novia a Nichette y darle un poco de dote.

Ante aquella confesión Armando sintió que el rubor subía a sus mejillas. Se arrojó compungido escondiendo la cabeza en la falda de su amada y le pidió humildemente perdón por haber dudado de ella.

—¿Acaso no perdono siempre tus celos?—murmuró Margarita con voz cariñosa.

—¿Por qué no hacemos la boda aquí?—propuso Armando, desceoso de hacerse perdonar y de darle una satisfacción que indudablemente le agradecería su

amiga. Así se acordó y aquel día escribieron a París en tal sentido, invitando a todos sus amigos a tan fausto acontecimiento. Los novios formaban una pareja encantadora. Nichette, vestida enteramente de blanco, discreta y preciosa, daba la sensación de una aparición celestial a la que tan sólo faltaban las alas. Por ese no sé qué que en las bodas acontece a las mujeres, y especialmente a las que por sus pecados saben que nunca llegarán a casarse ni a constituir un hogar honesto, la emoción natural de dichos actos llegó en aquel día al paroxismo, contagiándose incluso los hombres. La hermosa epístola de San Pablo vióse acompañada como nunca de lipos y de toses.

Por suerte para los parisenses, tras aquello se armó un banquete magnífico y un baile en el que tomaron parte todos, grandes y chicos. Prudencia decía a cuantos tenían paciencia para escucharla que aquel «trousseau» de novia era lo más hermoso que había salido de su taller.

Nichette, por su parte, no sabía cómo agradecer todo aquello a su bienhechora.

—Me has hecho creer que soy una princesa—le dijo besándola, con lágrimas de gratitud—. Con

estos vestidos tan magníficos, tu dote y tan espléndida boda... ¡No lo olvidaré mientras viva!

La modista que era la más alborotadora de la fiesta, fué hacia donde estaban Margarita y Nichette, interrumpiendo su coloquio.

—Antes el vino se me subía a la cabeza y me rejuvenecía... Ahora me baja a los pies y me envejece.

Jadeante de tanto hacer el loco, sudorosa a causa del volumen de sus carnes y de la temperatura ambiente, se sentó al lado de Margarita, sosteniendo con ella un breve diálogo en voz baja. Al acercarse Armando, calláronse ambas, quedándose en esa actitud embarazosa de quien teme haber sido sorprendido.

—¿Qué murmurabais Prudencia y tú?—inquirió el mozo.

—No te lo diré todavía.

—Seguramente debía decirte que estás perdiendo lastimosamente el tiempo por continuar conmigo... Y quizá sea así.

—¿Qué me ha dicho Gastón de un nombramiento que has perdido?—le preguntó a su vez Margarita, cambiando de conversación.

—¡Oh!, un puesto en el Ministerio de Estado, que él creyó que

me gustaría. No lo quise porque tenía que salir de Francia.

De sobra comprendió la joven que había renunciado por ella a una magnífica oportunidad dentro de su carrera de abogado que aspiraba a destacar en la diplomacia. Y se sintió feliz de que así hubiera sido, porque ello le daba una seguridad más de que era sinceramente amada.

Al mediar la tarde, dióse por concluida la fiesta y los invitados regresaron a París en sus carruajes. Hacia un día de sol espléndido. Margarita, que se hallaba ya mucho más fuerte, propuso subir hasta lo alto de la colina.

—¿A ver el castillo del Barón?

—inquirió el receloso.

—¿Estropearás este maravilloso día con tus suspicacias?

—¡Siempre me acuerdo de que está él allí!

—Pero yo estoy aquí. ¡No me dejes nunca!

—Nunca te dejaré, Margarita. No quiero que acabe este verano.

—Ni yo.

—¿Podrás seguir viviendo así?

—Creo que ya no podría vivir de otra manera.

—He pedido a mi padre la herencia de mi abuelo. Con eso no tendrás que vivir como Nichette, en un piso de dos habitaciones.

Mañana iré a París para ver lo que dice el testamento.

—Y yo, ¿sabes lo que decía a Prudencia cuando tú nos interrumpiste?

—Lo ignoro.

—Le he dado orden de que venda todas mis cosas y alquile un piso para mí como el de Niche.

—¿Lo dejarías todo por mí?— exclamó él abrazándola entusiasmado.

—¡Todo lo de este mundo!— repuso ella con igual entusiasmo.

—¡No vuelvas a tener celos. ¡Te quiero sobre todas las cosas, más... que a mí misma!

—¡Casémonos, Margarita!... — propuso jubiloso.

—Hoy me he casado contigo— repuso ella mirando al cielo, como extasiada.

—Cuando el sacerdote los casaba, mi corazón hizo sus volos hacia ti.

—¡Y hacia ti el mío!— añadió ella—. Pero no me hables de matrimonio. No pidamos demasiado al cielo, porque podría castigarnos. ¡Sería tentar a Dios! — concluyó sentenciosa.

Así acabó aquel día para los enamorados, el más feliz de cuantos recordaban en su existencia y el más dichoso de cuantos hubieran pasado durante aquel idilio tan lleno de venturas. Amaneció el siguiente tan esplendoroso más que el anterior. Armando había ido a la capital, asegurando que volvería lo más rápidamente posible. Al mediar la mañana, cuando Margarita se hallaba ante el patio de la granja, percibió a todos los granjeros armando un gran estrépito con piedras, lutas y palos. Iban corriendo por entre la arboleda, con la vista fija en el cielo. La curiosidad la llevó al lugar del suceso donde vió que todo aquel estrépito era para detener un enjambre de abejas que acababa de escaparse de una colmena. Los aldeanos le hicieron saber que cuando nace una nueva cría de abejas, éstas huyen con su reina de la colmena donde nacieron, para formar a sus órdenes un nuevo nido, y para detenerlas y hacerlas entrar luego en una colmena nueva, precisaba efectuar aquella zarabanda que tanto le extrañaba.

MARGARITA RECIBE UNA VISITA INESPERADA

Regresó a la casa entusiasmada. Al salir de París creyó que en el campo se aburriría terriblemente y resultaba que cada día recibía sorpresas distintas, aparte de que volvía también a sentir gratos recuerdos de su niñez. Decididamente, no se movería de allí en mucho tiempo. Tales eran sus planes, pero al llegar a la granja se halló ante un desconocido que había de trastornarlos por completo.

—¿Desea ver a alguien? — le preguntó.

—Soy el señor Duval y me han dicho que encontraría aquí a mi hijo.

Al oír aquel nombre Margarita sintió una terrible emoción interna. No obstante, logró dominarse y manifestó con tono displicente:

—En efecto, Armando Duval suele venir por aquí, pero hoy está en París. Siento que no lo encuentre.

—Pues yo me alegro—repuso

con aplomo el anciano—, porque nuestro encuentro no sería muy grato en estas circunstancias.

El hombre, como dueño de la situación, franqueó la puerta sin que la joven lo hubiera invitado a ello y se sentó. Digamos en su disculpa que parecía bastante fatigado, sin duda, por haber efectuado un largo viaje.

—Sé cuanto ocurre aquí—empezó con aire severo.

—No me cree digna de su hijo y no lo soy—replicó Margarita con aplomo.

—Ninguna mujer lo es si consiente que se arruine como lo hace usted.

—¡Eso no es cierto!—protestó indignada.

—Armando me escribió que quería cobrar su modesta fortuna. ¿Negará que la quiere para usted?

—Yo espero, y hasta se lo pido como un favor, que usted ¡no se la dará!

La energía y sinceridad que

había en el tono de voz de la muchacha casi desconcertó al señor Duval.

—Me gustaría creerla sincera —musitó con aire dubitativo.

—Hace años vivía yo con muy poco. No necesito el dinero de Armando.

Fuera que no le pareciese cierto lo que Margarita decía, fuese que estaba decidido a poner por todos los medios fin a la aventura de su hijo, que consideraba calaverada de muchacho inexperto, engatusado por una redomada tunante, o ya todas estas cosas juntas y algunas más, ello es lo cierto que el señor Duval, ante la forma de defenderse de la muchacha perdió el continente mesurado que hasta entonces observara, y levantándose, profirió en tono amenazador:

—¡Piense lo que piense, y diga lo que diga, opino que esto debe concluir desde este mismo instante.

—Puede ahorrarse esas palabras replicó ella en igual tono.

—¿Cuánto hace que conoce usted a Armando?

—Tres meses y doce días.

—¿Y cuánto supone que puede durar esto, señora?

—¿Jamás vió usted un amor duradero?

—¡Jamás, si no lo santificó el

matrimonio y lo bendijeron los hijos!

—¡Querré a Armando siempre y él me querrá a mí!

—¿No sabe ya usted, por experiencia, que del corazón no se puede fiar?

—Conozco mi corazón y sé que no cambiará.

—Ninguna mujer indefensa, como usted, puede entregar sus mejores años a un hombre que al final habrá de abandonarla.

—Cuando así se expresa debe ser porque no acierta a comprender que una mujer «indefensa», como dice que soy yo, pueda estimar más un sentimiento puro que no un interés egoísta. Si parte de ese supuesto, claro está, no podremos entendernos nunca, puesto que ya empieza por no comprenderme.

—Ahora comprendo que le quiere —murmuró dolorido, después de haber oído las últimas palabras de Margarita—. Pero aun así no puede continuar.

—¡Pues continuará!

—Armando es joven y le aguarda una carrera. No ha de unirse a una mujer que no pueda presentar a sus amistades.

—No es distinto de los demás.

El tono de voz del anciano, que habíase hecho más dulce a medida que avanzaba el diálogo,

tornése más persuasivo, suasorio casi.

—¡Oh, sea sincera! ¿No es distinto? ¿Más leal, más sensible? ¿O acaso es un prejuicio de padre?

—¡Es distinto!—se vió obligada a reconocer Margarita.

—Mientras la quiera — prosiguió el señor Duval—no entrará en salones donde usted no pueda entrar.

—Podrá hacerlo más tarde.

Hubo una pausa durante la cual ambos interlocutores parecieron observarse, quizá fatigados de tanto discutir o acaso preparando nuevos razonamientos. Fue Margarita quien reanudó el diálogo, sin que en su acento hubiera sombra de rencor, antes al contrario, un acento de simpatía que contrastaba con el tono violento del principio.

—¿Y si le dijera que me queda muy poco tiempo de vida? ¿Qué opinaría?

—La reñiría por imaginativa y disparatada — objetó el anciano en tono paternal—. Tal vez dice eso porque siente la melancolía que experimentamos al ver que el amor no puede mantenerse en continua pleamar...

—¡Sin Armando estoy perdida!—sollozó.

—Con él lo están los dos. ¿Qué

puede hacer él sin profesión? A menos que se rebaje a que otro hombre sufrague los gastos de usted. La pérdida del propio respeto es un precio muy alto, incluso para el amor. Quiero tanto a mi hijo como pueda quererlo usted.

—Sí, pero usted tiene a otros seres queridos. ¡Yo sólo tengo a Armando! No... ¡No puedo dejar un amor como el suyo!

—No me mire con rencor ni se imagine que soy un egoísta. ¡Piense en lo que descarta para Armando si fuera hijo suyo!... Considere que destruye sus derechos a una vida normal y que el pasado de usted—aunque me sea muy duro el decirselo—mancharía su porvenir. Usted me dice que lo quiere y la creo. Por eso me tiene aquí, un hombre ya viejo que le pide ese gran sacrificio. En compensación, sólo puedo darle las gracias y mi respeto. ¡Por favor, déjelo!—concluyó el anciano con acento patético, empañados de lágrimas sus ojos.

El tono suplicante del señor Duval, la sinceridad de sus sentimientos y la aplastante lógica de sus razonamientos, que Margarita ya se había formulado a sí misma en otras ocasiones, pudieron más que su propio egoísmo de enamorada.

—¡Qué puedo hacer!—declaró a su vez, vacilante y llorosa.

—¡Háblele, convénzalo de que debe dejarla!

—¡Ya lo he hecho!

—¡Dígale que ya no le quiere!

—No me creería. No, sólo conozco un medio...

Ante aquella afirmación el rostro del anciano se transfiguró por la esperanza.

—Pero no le diré cuál es—concluyó Margarita, que parecía ya más dueña de sí misma.

—¡Era demasiada felicidad!—sollozó.

—Le devolveré a Armando esta noche—aseguró con resolución.

—¿Cómo podré pagarle jamás?...

—No se equivoque, caballero. Todo cuanto haga no será por usted. ¡Lo haré por bien del propio Armando!

—Nunca olvidaré cuánto yo y mi familia le debemos. Somos egoístas de nuestro nombre, pero hágase cargo...

—No se reproche nada, señor Duval. Ha hecho lo que un padre debe hacer... Pero no se lo diga nunca, porque quizá Armando le odiaría si supiera que había dado este paso. Y no quiero que eso suceda, porque va a necesitar su consuelo por mucho tiempo.

—¡Dios la bendiga, Margarita

Gautier!—murmuró él entre sollozos, al mismo tiempo que le daba un beso en la frente, en señal de despedida.

El señor Duval se fué convencido de que acababa de hablar con una mujer excepcional, digna de haber sido elegida por su hijo para haberlo hecho feliz, de no haber mediado aquel pasado que se interponía entre ambos como barrera infranqueable y que hacía imposible el acceso de ella a toda familia honrada.

¡Era el castigo debido a su vida anterior! ¡Y qué caro lo pagaba! Entonces comprendió lo que debían sufrir los adoradores que tantas veces se habían arrojado a sus pies pidiéndole una limosna de amor. Se había reído de ellos, porque su escepticismo en tal materia no le permitía tomar otra actitud. ¡Ahora sí que sabía cuán doloroso era renunciar a la más cara ilusión de su vida! Y no podía ni pararse a reflexionar, porque de hacerlo comprendía que le flaquearía el ánimo y le sería imposible cumplir la fatal sentencia que ella misma se formulara. Escribió rápidamente una carta y llamó a Nanine, ordenándole que la llevara inmediatamente al Barón de Varville, cuya estancia en el castillo no ignoraba.

La doméstica no se atrevía a dar crédito a su señora.

—Yo creía—protestó—que era usted muy feliz con Armando.

—¡Lo era!—afirmó ella con fingido rencor.

—No la entiendo. Sé que sólo pensar en el Barón la horroriza. ¿Está segura de que quiere que la lleve?

—Ve, Nanine... y reza por mí—sollozó cubriéndose la cara con ambas manos—, a fin de que encuentre fuerzas para hacer lo que debo.

—¡Señorita, qué pretende!

—¡Que mi Armando me aborrezca, que me odie! ¡Que Dios me ayude!

Se hincó de rodillas y rezó con todo el fervor de su alma plegarias que ya creía tener olvidadas.

Armando regresó al atardecer. Abrazó cariñoso a su amada y como se diese cuenta de que lucía sus mejores galas, cosa que le pareció bastante extraña en aquel lugar desierto, le preguntó con jovial extrañeza:

—¿Por qué tan compuesta? ¿Vas de baile?

—¡Qué más quisiera!

—Pues te traigo una invitación. Olimpia quiere que vayamos a la inauguración de un casino.

—¿Cuándo has visto a esa envidiosa?

—Al ir a ver a Prudencia para hablar de tus asuntos.

—¡No recuerdo haberte encargado que fueses a verla para meterme en mis cosas!—interjetó con el mismo tono violento que había sostenido desde que iniciaran su conversación.

—¿No te das cuenta de que casi parece que estemos riendo?—le hizo observar Armando con extrañeza.

—Todo el mundo ríe. Eso cura el tedio—arguyó con el mismo despego.

—¿Qué ha pasado aquí hoy?

—Pues que las abejas dejaron la colmena y yo me lavé la cabeza. Esos han sido los dos grandes acontecimientos del día.

—No comprendo este cambio, Margarita. Vuelvo con buenas noticias y...

—¿Buenas noticias? ¿Has heredado una gran fortuna?

—No, pero puedo disponer de la mía.

—No la toques. ¡Serías rico por un mes!

—No te preocupes. Lo he arreglado todo. Nichette ya nos busca casa.

—La gente como Nichette considera dos habitaciones una maravilla, tres una mansión y más de cuatro pecado...

Armando, que lleno de ilusión,

no se atrevía ni a suponer que aquella actitud tan esquiva y hasta inconveniente de Margarita se relacionara con él, al oír sus últimas palabras hizo un gesto de extrañeza. Al ver ella aquella mueca le preguntó con fingido encono:

—¿Qué pasa?

—¡Es lo que me pregunto yo! —repuso desalentado—. Empezaba a creer que ya no me querías.

—¡Tal vez sea cierto! —aprobó ella con dura expresión.

—¿No jurabas anoche mismo que lo abandonarías todo por mí?

—No siempre se es sincero... por la noche. La vida es algo más que besos, promesas y claros de luna. Ya deberías saberlo. ¿No era un verano cuanto querías?

Armando, que la escuchaba sin dar crédito a sus oídos, murmuró asombrado:

—¿Vas a dejarme? ¡Te mataría!

—¡No vale la pena de que me mates! ¡Te quise cuanto pude! No me reproches... no se manda en el corazón.

—¡Es verdad! —aprobó el mozo anonadado—. No tienes la culpa de que el tuyo sea infiel y el mío guarde fidelidad eterna.

Se quedó un momento como aplastado. Hubiera dado cuanto tenía para poderse desahogar llo-

rando, pero era tan intensa su pena que las lágrimas no quisieron afluir a sus ojos. Al final, agregó traduciendo exactamente lo que entonces sentía en su corazón.

—Es como si uno de nosotros dos hubiera muerto.

—El Barón de Varville me espera esta noche. Por eso me has visto tan vestida. ¡Al fin veré un gran castillo por dentro!

Ante aquella afirmación, considerando que ya nada le quedaba por hacer, Armando se retiró dando traspies, cual si estuviera beodo. Tal era su desconcierto. Si hubiera vuelto nada más que al llegar a la cerca de la granja, hubiese encontrado a su amada desvanecida en aquel mismo sillón se habían cambiado tantos juramentos de eterna fidelidad. El esfuerzo realizado para llevar hasta su feliz término tan cruel farsa, había sido superior a sus fuerzas.

El pesar de Armando era grande, porque perdía la gran ilusión de su vida, pero el de ella era aun mayor, porque además de ver frustrados sus sueños, tenía que volver de nuevo al lado de un hombre al que odiaba con todas las potencias de su alma. Un hombre que la odiaba también a ella, pero que al mismo tiempo,

por una de esas aberraciones tan frecuentes en la vida, no sabía vivir sin ella. De sobra lo sabía Margarita, y por eso le había escrito aquella carta, que él contestó favorablemente a los pocos minutos de recibida.

Con los primeros días de otoño, cuando regresaba a París la gente esparcida durante el verano por playas y demás lugares de recreo estival, coincidió la inauguración del casino de que hablara Armando, el más suntuoso de la capital. Excusado es decir que «le tout Paris» ansioso de reunirse y de reanudar las fiestas mundanas, se congregó en aquella inauguración. Y como de ese «le tout Paris» formaban parte el Barón, Gastón, Olimpia, Armando, Prudencia y demás amigos que ya conocemos, allá se encontraron todos. El Barón del brazo de Margarita. Se hallaron estos últimos frente a los otros en el gran salón de descanso. Margarita, que no había vuelto a ver a Armando desde aquel día memorable, al apereibirlo sintió que le daba un vuelco el corazón. No escapó al Barón el estado tembloroso de su amiga. Por cierto que ésta—sin duda para cambiar una seña con sus amigos—dejó caer su abanico, con la esperanza de que el Barón se agacharía a recogerlo.

Este era bastante más listo que todo eso. Se paró y le advirtió por dos veces que se le había caído, sin hacer ademán alguno por ayudarla y sin perder sus ojos de vista.

—No me encuentro muy bien —murmuró Margarita—. Quisiera irme.

—¡Tú te quedas aquí porque lo exijo yo!—ordenó el Barón.

Cuando Margarita y Varville pasaron por delante del grupo que ya hemos mencionado, Prudencia se adelantó a saludarles e hizo la presentación de Armando al de Varville. Ambos se inclinaron ceremoniosamente, pero sin hablarse. Al preguntarles la modista cómo llegaban tan tarde, Margarita aclaró:

—Fuimos al teatro a ver «Mignon Lescant».

—Una mujer que amaba el lujo más que el amor de un hombre—comentó Armando con sequedad—. Seguramente habrá hallado divertida la obra.

Margarita dejó caer su abanico otra vez y Armando lo recogió presuroso. Había advertido ya lo que antes hiciera el Barón, de modo que al entregárselo y darle ella las gracias, respondió con sequedad mirando a Varville:

—No tiene importancia. Cualquier hombre que merezca lla-

marse caballero haría lo mismo.

Al Barón le sentó la frase como una bofetada. Parecía dispuesto a replicar de mala forma y quizá lo hubiera hecho de no intervenir Prudencia, preguntándole:

—¿No juega, Barón?

—¿Dónde está la mesa de bacarat?

—Sí, ¿dónde está? —inquirió también Armando.

—Le advierto que solamente juego apuestas altas —le escupió el otro con afán de humillarlo.

—Mejor. Me gustaría ganar una fortuna —contestó el joven aceptando el reto.

Margarita viendo que podía ocurrir algo entre los dos rivales y temerosa de que Armando perdiera su caudal, pretextó que ella no tenía deseos de jugar. No quería ser la responsable de la ruina de su amado.

—¡Puede mirar! —repuso el Barón dejándola y yéndose con Duval hacia una mesa a la sazón bastante concurrida.

Margarita se quedó con Prudencia. Estaba desolada. Nadie más que ella era la responsable de que aturdido joven arriesgase su herencia como lo hacía, por un puntillo de amor propio. Para Varville una partida desdichada era una lágrima en el mar y

para Armando la ruina por toda la vida.

El juego seguía con diversas alternativas. Ora ganaba el Barón ora recuperaba Armando lo suyo o volvía a ganar. Margarita, no pudiendo soportar aquella tensión de nervios se retiró a un saloncito reservado. Una vez allí llamó a una de las empleadas diciéndole que hiciera el favor de llamar al señor Duval, un joven apuesto que encontraría en la mesa del «bacará».

Armando tenía su estrella bastante de cara. Después de haber estado a punto de ser liquidado, la fortuna le había sonreído y con dos o tres golpes afortunados no solamente había recuperado los cincuenta mil francos arriesgados, sino que los había doblado.

—Es natural —le dijo sonriente a su enemigo—; desgraciado en amor afortunado en el juego.

—Y al revés. Desgraciado en el juego afortunado en amor —corroboró el Barón devolviéndole gozoso la indirecta.

En aquel preciso momento se acercó la empleada suplicándole que fuera con ella. Se levantó pues, dejando bastante sorprendido a Varville y siguió a la señora hasta la habitación donde Margarita aguardaba.

—Me ha llamado? —preguntó

—¡Te suplico que te vayas! El Barón no es hombre de paciencia y tú tienes ganas de reír.

—Comprendo. No quiere perder a su rico admirador.

—¡Armando, él no es culpable de lo que pasó!

—Entonces... ¿por qué me dejaste?

Margarita hizo un gesto de desaliento y él prosiguió con dureza:

—Te lo diré. ¡Porque se te puede comprar y vender! ¡Estimabas más su dinero que mi cariño, mi devoción, mi vida!

—Tienes razón — afirmó haciendo un esfuerzo sobrehumano. —No valgo nada y ningún hombre debe arriesgar su vida por mí. Por esto mismo te suplico que te vayas.

—Con una condición: ¡Que vengas conmigo!

Margarita lo miró en actitud de reproche, sin contestarle. Armando pudo leer muy bien a través de aquella mirada que el deseo de ella era seguirle, pero que no lo hacía por su pobreza. Y esta idea le sublevó.

—¡Te desprecio! ¡Pero te quiero también! —dijo abrazándola.

Margarita, sin fuerzas para rechazarlo le correspondió apasionada.

—Ven y olvidaremos el pasado — musitó él a su oído. — ¡He do-

blado mi fortuna esta noche! ¡Y en cuanto se acabe trabajaré, mendigaré, robaré por ti!

—Oyéndote hablar así comprendo cuán acertada estuve al dejarte — exclamó ella recobrado ya el dominio de sí misma. — ¿Crees que seríamos felices aun cuando pudiera hacer lo que quisiera? Alguien me exigiría cuentas porque tiene derecho a pedirselas.

Al hablar así estuvo a punto de mencionar al señor Duval, pero supo contenerse. Armando que ignoraba lo de su padre, interpretó otra cosa y preguntó:

—¿El Barón de Varville? ¡Atrévete a decirle que lo amas y te librarás de mí!

—¡Lo amo! — mintió ella, dispuesta a terminar.

Entonces Armando, ciego de rabia, abrió de par en par la puerta del gabinete reservado y empezó a llamar la atención de los del salón diciendo a voz en grito:

—¿Ven esa mujer? ¿La conocen? Acepté sus favores y sacrificios porque creí que me quería. Pero sed testigos. Nada le debo.

Extrajo el enorme fajo de billetes que llevaba en los bolsillos interiores de su levita y se los arrojó, esparciendo a sus pies una verdadera parva de dinero.

—¡Ten! ¡Cómprate camelias y diamantes! ¡Cómprate una tumba!—exultaba a medida que le arrojaba fajos de dinero sobre el rostro y el pecho.

Margarita se sentía a punto de morir de dolor y de vergüenza. El Barón, atraído por el escándalo, al ver aquella escena, se adelantó hacia Armando y trató de estrecharle la mano diciéndole:

—¡Le felicito por saber tratar a una mujer tan falsa como ésta!

Pero el joven en vez de aceptar el saludo le propinó una sonora bofetada.

—¡Exijo una reparación!—barbotó.

—¡Dónde quiera y cuando quiera! le replicó Armando marchándose.

—¡Vamos, vamos, siga la partida!—dijo el Barón, cerrando nuevamente el gabinete y apartando a los curiosos, como si nada hubiera sucedido.

Dos días después se celebró el duelo, a pistola. El Barón era un gran tirador y Armando un inexperto, pero tuvo la suerte de cara y el muchacho logró herir a su rival, de bastante consideración. Margarita, con su fiel Nanine, llegó al lugar del suceso dispuesta a impedir el duelo, aunque para ello hubiese tenido que decir a Armando toda la verdad. Todo

antes que reprocharse el haber sido la causa de que el Barón lo asesinara. Pues eso era ante sus ojos el duelo entre Varville y su amado. Pero cuando irrumpió en el campo de honor ya no vio más que a los coches que se marchaban. No obstante, aun tuvo la dicha de saber que Armando había salido ileso del lance. En cambio, tuvo que salir de París aquel mismo día, para evitar que lo llevaran a la cárcel. El escándalo fué durante semanas seguidas el tema de todas las conversaciones entre el grande y el pequeño mundo de «de tout Paris».



Seis meses más tarde de los hechos que acabamos de narrar, olvidado ya el episodio por la justicia, y restablecido el Barón, Armando regresó de nuevo a París. En uno de los palcos de la Opera halló a su gran amigo Gastón, en compañía de Prudencia. Esta, que debía llevar aquel nombre por equivocación, pues era la más viva encarnación de lo imprudente, antes de saludarle le preguntó ya si había visto a Margarita. Quiso comentar el duelo y otros incidentes desagradables, pero Armando prefirió no responderle o contestar con evasivas.

Intervino Gastón para evitar a su amigo el mal rato.

—¿Cómo encuentras París después de tanto tiempo?

—Exactamente igual que antes.

—Seguramente debes decirlo porque aun llevo el mismo vestido—exclamó Prudencia.

—No tires indirectas para que te compren otro, porque pierdes el tiempo—exclamó Olimpia, que también figuraba en la reunión.

—Sólo falta aquí Margarita—insinuó Gastón.

—Encuentro que París no está tan mal—dijo Armando como si no lo hubiera oído, señalando a una encantadora muchacha que pasó por delante de ellos.

—Digo que sólo falta Margarita—insistió su amigo—. ¿Sabes que está enferma?

—¿No ves que no le interesa?—objetó Olimpia con disgusto.

—¿De verdad no te interesa, Armando?

—¿Para qué, si siempre está enferma o finge que lo está?—re-zongó Olimpia.

—¿Por qué tendrás esa lengua?—la increpó Gastón.

—¿Qué quieres decir? ¡Que diga Prudencia lo que ha hecho por Margarita!

—Es verdad. Este ángel le ha comprado todas sus joyas—res-

pondió la aludida con un tono sardónico que Olimpia no acertó a comprender.

—¿Por qué?—quiso saber Armando, francamente interesado.

—Necesitaba dinero. El Barón se ha negado a verla—exclamó Olimpia con aquel tonillo insidioso que empleaba siempre al hablar de su amiga.

—¡Cállate, Olimpia!—exclamó Prudencia indignada—. Margarita no ha querido ver al Barón ni a ningún otro hombre... ¡A pesar de mis maternales consejos!—suspiró.

—Sea por lo que sea me vendió estos pendientes la semana pasada—insistió la cortesana mostrándolos ufana.

—Lo menos valen cinco mil lises—observó la costurera mirando la preciosa joya—. ¿Por cuánto?

—¿Por doscientos lises! ¿Te crees que soy tonta?

Gastón y Armando se fueron asqueados del palco. Así se portaban con Margarita las que decían ser sus amigas. Eran mujeres con instinto de buitres.

—¿Iremos a verla cuando se acabe la función?—preguntó Gastón a su amigo.

—¿No podría!—objetó éste.

En realidad, se consideraba sin fuerzas suficientes para ir a ver-

la. Gastón que en su ausencia había ido a verla con mucha frecuencia, le contó cuál había sido la vida de Margarita y el estado en que se encontraba.

Cuanto más detalles le daba su amigo, mayor era la desesperación de Armando.

—Sólo podemos cuidarla y esperar—manifestó compungida la fiel criada.

—Usted acuéstese que ya la cuidaré yo —ordenó cariñosamente Gastón.

Ante la puerta del cuarto de la enferma encontró dos hombres que parecían estar allí de guardia. Eran dos alguaciles del juzgado, apostados allí para evitar, por mandato de los acreedores, que nadie pudiera tocar nada, pues a tal extremo había llegado ya la infeliz Margarita.

—Tendrán que irse de aquí—les conminó Gastón.

—Estamos por orden del juez, para que nadie toque ni un clavo y no pensamos movernos de la casa.

—Igual pueden vigilar desde el pasillo, sin molestar a la enferma—ordenó él con energía, obligándoles a marcharse.

Transcurrieron más de dos horas sin que Gastón notara reacción alguna por parte de la enferma. Al cabo, unos suspiros le

indicaron que Margarita despertaba de su letargo.

—¿Es de día?... ¿Hay cartas?—musitó con voz apenas perceptible.

Gastón se acercó solícito al lecho y la arropó de nuevo.

—¿Quién?... ¿Quién es usted?—articuló al ver todavía entre sueños una silueta masculina.

—Cuando regresé del teatro, le dije a Naniue que se acostara y me he quedado a velar tu sueño.

—¡Querido Gastón!—exclamó envolviéndolo en una mirada de agradecimiento—. ¿Te has pasado toda la noche aquí?

—Pensaba llevarte a dar un paseo en coche y luego invitarte a comer.

Margarita lanzó una carejada que le produjo un fuerte acceso de tos seca. Una tos impresionante, cavernosa, que más bien parecía un estertor. Recobrado el aliento, pues el esfuerzo realizado la dejó casi sin respiración, murmuró:

—Todavía me haces reír. Pero hoy no será... otro día. He de decirte una cosa que quería decirte hace mucho tiempo. ¡Qué bueno eres! Yo te tenía por un muchacho muy alegre... Que sólo pensaba en divertirse. ¡Perdóname, Gastón, si pensé que eras tan egoísta como los demás!

—Y yo deba decirte, que estabas en lo cierto!—declaró Gastón.

La voz de Margarita era débil y debía pararse a cada instante para tomar aliento. Hasta el hablar de aquella forma parecía fatigarla. Estaba en un estado de agotamiento físico que daba pena. La enfermedad iba consumiendo sus últimas energías vitales. Gastón tomó un frasco que había en la mesilla de noche y le preparó una toma de aquella poción. La incorporó y se la hizo tomar con maternal solicitud.

—Esto te hará bien.

—Nada me hará bien... excepto el regreso de Armando. Únicamente espero eso. ¡Por eso vivo! ¿Verdad que volverá, Gastón?

—¡Claro! ¿Cómo podría volver a París sin venirme a ver en seguida?

Sin embargo la doméstica ya se había levantado, atraída por las repetidas llamadas de la campanilla de la puerta de entrada. Era Prudencia que regresaba de una gran juerga. Margarita, al oír su voz, hizo una mueca de disgusto.

—Yo te libraré de ella—exclamó Gastón, disponiéndose a salir del cuarto.

Cuando se encaminaba hacia

la puerta apareció la vecina en el umbral.

—Conque nos dejaste para venir aquí, ¿eh? ¡Vaya, vaya!...

Luego se dirigió a Margarita:

—Esperaba verte agonizando y estás muy bien. Aparentas encontrarte mejor que yo. ¡Ah, qué preocupaciones tengo! ¿No podrías prestarme algún dinero?

—Ya sabe que vivimos de milagro—protestó Nanine lanzándole una mirada en la que había tanta ira como desprecio.

—Pues he de sacar doscientos francos de algún sitio. Y al pasar por delante de tu puerta me acordé de que aun me los debes, Margarita.

—No lo sabía, Prudencia.

—Te puedo enseñar mis libros.

—Yo mi bolso, y verás que sólo hay unos francos sueltos.

Se fué Prudencia a la consola y en contra de lo que dijera Margarita vió que, además de los francos sueltos, había algunas monedas de oro y una cantidad de billetes nada despreciable. Al ver todo aquello le pesó en gran manera no haberle pedido bastante más. Pero ya no estaba a tiempo.

—Bueno, me quedo con lo que necesitaba—dijo volviendo al lecho de su vecina—. Y ¿no sabes

una cosa? Armando está en París.

Gastón hubiera querido hacer callar a la vibora aquella, pero como estaba bebida, no había manera de hacerle comprender por señas que se callara. Margarita, al oír aquello, se incorporó con el rostro iluminado por un destello de alegría.

—¿Cuándo ha vuelto?

—Debe hacer cosa de una semana. Gastón lo vió en el teatro y le dijo que te hallabas muy en-

ferma, pero no pareció interesarle.

Vertido el veneno se fué Prudencia por donde había venido. Así se había vengado de su fracaso por no haberle pedido más dinero.

Cuando la taimada vecina hubo salido, Margarita tomó una mano de Gastón y se la estrechó cariñosamente.

—Gracias por haber llenado mi bolso. Y ahora un nuevo favor, Gastón. ¿Quieres llamar un sacerdote?

EL ÚLTIMO ADIÓS

El veneno de Prudencia había hecho su efecto. Margarita, al saber que Armando estaba en la ciudad y no había ido a verla, sintió flaquear su ánimo de tal manera que consideró llegaban sus últimos momentos. Si había vivido varios días, era alimentada por una esperanza, por una ilusión. Sólo una idea le daba fuerza para respirar y aquella se había desvanecido al conjuro de unas palabras mal intencionadas.

Sin embargo, en aquel instante se hallaba Armando en el pasillo de la casa, ante Nanine (que le había abierto la puerta), preguntándole afanoso:

—¿Dónde está? ¡Quiero verla!

—¡Ah, hijo mío! ¡Si supiera que feliz la hará! ¡Qué feliz!—repuso la doméstica sollozando de alegría.

—¿No será ya tarde?—inquirió el vacilante ante la puerta del cuarto de su amada.

—No, confiemos en que no. Espero que usted la pondrá buena. Déjeme prepararla, porque la impresión de verlo así, de repente...

Nanine entró, cerrando tras sí la puerta y se fué de puntillas hasta la cabecera de su señorita. Le acarició la frente diciendo con voz queda:

—¡Buenas noticias!

—¡Ya no puede haberlas, Nanine!

—¡El está aquí!... ¡Ha vuelto!

—Sí... pero no vendrá a verme!

—Ha vuelto ya... ¡Está aquí... en casa!

—¿Me dices la verdad?—interrogó, mirándola intensamente, como si dudase.

—¿Quiere que lo llame?

—¡Sí, sí, inmediatamente!... ¡Pero no, espera, por favor! ¡No quiero que me vea así! Llévame ante un espejo.

Sus ojos muertos y su voz cansina adquirieron repentinamente una vivacidad increíble. Sin esperar a Nanine, que acudió presurosa, ella misma se deslizó de la cama. No obstante, al dar con sus pies en el suelo le fué imposible mantenerse erguida y hubiera caído de no haber acudido a tiempo su muchacha. En volan-

das casi, pues Margarita, pese a su enorme voluntad, no hubiera podido dar un paso, Nanine la llevó hasta un butacón.

—¡Péiname! ¡Áúdame, Nanine!—suplicaba ella viendo que no tenía fuerzas ni para manejar el peine.

—¡No debiera consentírselo!—rezongaba la criada con aire cariñoso.

—Tú siempre dijiste que volvería. ¿verdad, Nanine?

Tocada con un sencillo y lindo vestido, cubierta la mortal palidez de su rostro por los afeitos y con la felicidad que en sus ojos refulgía, Margarita parecía enteramente otra. En lo afilado de su correcta nariz, en la delgadez de sus descarnados dedos y en la transparencia de sus orejas, se podía leer la impronta de su fatal estado de salud, pero su cara parecía en efecto otra.

—Mis camelias—suplicó una vez estuvo acicalada—. ¡Oh, hasta llevaré camelias!

Un lujo que Margarita podía permitirse aquel día gracias a la generosidad de Gastón. Se las prendió en el talle con coquetería y se contempló en el espejo, cosa que desde hacía varias semanas no había tenido humor ni gana de hacer.

—¡Volveré a ser bonita cuando

me ponga buena?—suspiró al advertir cuántos estragos había producido la enfermedad en su semblante desde que se viera por última vez.

Trató de acicalarse un poco más, pero la devoraba de tal manera la impaciencia por abrazar a su amado, que ordenó a Nanine:

—¡No puedo esperar más!... ¡Llámale!

La ansiedad de que estaba poseído el joven ni siquiera le permitió advertir, hasta después de tenerla entre sus brazos, la transformación que en su amada se había verificado durante su ausencia. La estrechó ardorosa, impetuosamente. Margarita, dejándose acariciar se sentía revivir.

—¡No es un sueño!—murmuró.

—¡No! Te tengo estre mis brazos. ¡Al fin! ¡Estás débil!—exclamó él viendo que Margarita se hallaba a punto de desvanecerse.

—Es mi corazón... que no está acostumbrado a ser feliz—replicó ella.

—He estado paseando bajo tus balcones toda la noche. Sin atreverme a subir. ¡Me sentía tan culpable! En todas partes procuraré olvidar lo mucho que te quería. ¡Olvidar!... ¡Como si fuera

posible! ¡Perdóname, amor mío!
¡Y pensar que no supe ver que te
sacrificabas por mí! ¡Nunca po-
dremos vivir el uno sin el otro!
¡Ahora lo sé muy bien!

—¡También yo!—articuló ella
con voz desfalleciente.

—Y nada nos volverá a sepa-
rar. Te llevaré lejos de París y
de sus ingratos recuerdos. ¡Te
ayudaré a ponerte buena! ¡Vol-
veremos al campo!

Armando le hablaba entusias-
mado, prodigándole sus más tier-
nas caricias. No eran frases para
animar su espíritu decaído, sino
la expresión de su fiel sentir. Era
lo que había pensado durante sus
seis largos meses de destierro.
Por fin, sus afanes se habían con-
vertido en realidad. También ha-
bían sido aquellos los sueños de
Margarita. Unos días más como
los inolvidables del verano últi-
mo, pasados en la granja, y ya
no le importaría morir. Pero es-
taba tan extraordinariamente
agotada, tan acabada, que no se
hacía ilusiones.

—¡Si eso pudiera ser! — sus-
piró.

—Será... en cuanto estés más
fuerte.

—Ahora ya lo estoy. Has veni-
do tú y ya creo que vuelvo a estar
buena. Llama a Nanine. ¡Lléva-
me hoy!

Llegó la doméstica y Armando
ordenó:

—¡Ayúdele a vestirse! Nos va-
mos al campo ahora mismo.

Nanine que sabía a qué extre-
mo de agotamiento y debilidad
había llegado su señorita, hizo
unos signos denegatorios con la
cabeza, sin disponerse a cumplir
la orden recibida. Ella que había
pasado tantas noches en vela al
lado de la enferma sabía que
aquello era un disparate.

—No se preocupe, la cuidaré
muy bien—insistió Armando.

Sin embargo, Nanine, después
de haber mirado a su señorita y
advertir su palidez, parecía en
extremo preocupada. Y es que
veía aproximarse todos los sín-
tomas de uno de aquellos accesos
que dejaban a la joven desvane-
cida, agotada, con algunas rosas
de sangre sobre sus finos pañue-
los de batista, rosas que ella ha-
cía desaparecer antes de que
Margarita recobrase por completo
su lucidez. Se lo conoció en su
respiración cada vez más fatigo-
sa, como silbante y en las gruesas
gotas de sudor que ya comenza-
ban a perlar su frente.

—Trae mis... cosas—le ordenó
Margarita con fatiga. ¡No me mi-
res así, Nanine... anda!

No pudo continuar porque el
temido acceso hizo su aparición.

acaso con más aparato que nunca. Armando la recogió en sus brazos. Ayudado por la doncella, la recostó de nuevo en el sillón. El esfuerzo realizado para levantarse y la alegría que le produjera la llegada de su amado, habían trastornado en demasía aquel organismo, sin más fuerza ya ante la vida que la llama de una cerilla frente a una corriente de aire.

—Nanine, ¡llame al doctor!—suplicó asustado Armando.

—¡El doctor!—suspiró sintiéndose desfallecer—. ¿Si tú no puedes hacerme vivir, qué hará él?

Armando notó algo extraño en aquella mirada tan dulcemente intensa. Aspiró en el ambiente ese no sé qué de fatal que nos anuncia sin que sea visto ni oído el batir siniestro de las membranosas alas de la muerte. Estrechó a su amada, cubriéndola de caricias, al par que suplicaba con desesperación:

—¡No! ¡No digas eso! ¡Vivirás! ¡Debes vivir!

—¡Tal vez sea mejor que viva en tu corazón, donde el mundo no me vea!—articuló ella.

Notando que aquel frío le invadía ya todo su ser, Margarita hizo todavía un esfuerzo para

pronunciar con voz apenas inteligible:

—Si muero, nada manchará nuestro amor.

—¡No pienses en tal cosa, Margarita!—imploró él, deseoso de comunicarle su vital energía y afán de subsistir—. ¡Piensa en lo felices que fuimos! ¡Y en lo maravillosamente dichosos que vamos a ser!

Margarita, arrullada por aquellas palabras, sin un suspiro, sin una queja, entornados los ojos, había dejado volar las alas blancas de su alma hacia las regiones del eterno descanso. Daba la impresión de haberse dormido blanda, suavemente, con la sonrisa en los labios.

Y Armando, sin darse cuenta de la trágica realidad, proseguía con entusiasmo:

—¡Piensa en las promesas de Nicheffe y Gustavo y en las que nos haremos nosotros! ¡Es para toda la vida, Margarita!

La frialdad de aquel rostro que acariciaba con el suyo le dio a entender que todo había concluido. La Dama de las Camelias había dejado de existir. Había muerto de amor, y a él no le quedaba ya otro recurso que llorar por la dicha que no pudo ser, y no fué.

FIN